



MINISTERIO CRISTIANO
«Portavoces de Vida»
www.portavocesdevida.org

EL CRISTIANO Y LA VOLUNTAD DE DIOS

**¿CÓMO DESCUBRIR LA VOLUNTAD
DE DIOS PARA MI VIDA?**

¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida y cómo puedo conocerla? se preguntan muchos hoy... Como no siempre encontramos respuestas fáciles, resulta necesario distinguir con claridad todas las indicaciones que nos ofrece la Biblia, así como las señales que pudiera proveer el Espíritu Santo, con el objeto de comprender cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta para todo creyente fiel (Romanos 12:2).

Podemos reconocer que tanto la vida del cristiano, como sus circunstancias personales, formen parte de un programa minuciosamente planificado por el Creador. Ahora bien, nos preguntamos: En tal caso, ¿podemos afirmar que, por ejemplo, está predestinado nuestro lugar de nacimiento, la familia, los amigos o enemigos, la salud o enfermedad, el compañero/a, la posición económica, el empleo, la iglesia, el ministerio cristiano, etc.? De ser cierto, ¿cómo puede saberse?

¿Es verdad que existe, en esta vida temporal, un propósito determinado por Dios para cada creyente...? A través de las reflexiones bíblicas del presente libro, hallaremos suficiente luz para resolver muchas dudas, y llegaremos a conclusiones adecuadas sobre un tema tan controvertido como es «conocer la voluntad de Dios».

CONTENIDO

I INTRODUCCIÓN.....	pag. 4
ALGUNAS PREGUNTAS DE ORDEN GENERAL.....	5
II EL SIGNIFICADO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	8
LA VOLUNTAD GENERAL DE DIOS.....	9
▶ En el conocimiento de Dios	
▶ En la glorificación de Dios	
▶ En el orden natural	
▶ En el orden de la salvación	
▶ En el orden de la relación con Dios	
▶ En el orden de la vida cristiana	
LA VOLUNTAD ESPECIAL DE DIOS.....	13
▶ El destino del creyente y del incrédulo	
▶ El predestino de los hijos de Dios	
▶ Dios conoce de antemano nuestras decisiones	
▶ El destino y las bendiciones de Dios	
TEXTO BÍBLICO DE REFERENCIA: Mateo 6:31-33.....	19
¿POR QUÉ CUMPLIR CON LA VOLUNTAD DE DIOS?.....	22
▶ Disposición a cumplir con los designios de Dios	
- Por agradecimiento - Porque glorifica a Dios - Porque no nos pertenecemos	
- Porque es para nuestro bien - Porque posee una proyección eterna	
III REQUISITOS DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	24
LA RELACIÓN CON DIOS.....	24
▶ Una verdadera disposición de entrega a Dios	
- En actitud no egocéntrica - En sinceridad - En obediencia - En Santidad	
- En Humildad - En Confianza	
▶ La palabra de Dios	
- Relativo a la voluntad general de Dios - Relativo a la voluntad especial de Dios	
▶ La oración	
LA RELACIÓN CON EL ENTORNO.....	30
▶ Concerniente a la voluntad general de Dios	
- Relación con la iglesia - Relación con la familia - Relación con vecinos, compañeros de estudio o trabajo - Relación con la economía	
▶ Concerniente a la voluntad especial de Dios	
- En relación con la iglesia - En relación con las circunstancias personales	
LA RELACIÓN CON NOSOTROS MISMOS.....	33
▶ Convicción del alma	
▶ Convicción del corazón	
▶ Convicción del intelecto	
▶ Convicción interna por la Palabra	
▶ Convicción del Espíritu Santo	
▶ Convicción por el fruto del Espíritu	
IV LA ACEPTACIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	38
LA VOLUNTAD DE DIOS Y EL SUFRIMIENTO.....	41
V CONSECUENCIAS DE LA VOLUNTAD DE DIOS EN EL CREYENTE.....	43
GRADOS DE COMPROMISO CON DIOS.....	43
▶ Consecuencias de transgredir la voluntad de Dios	
- En este mundo - En la eternidad	
▶ Consecuencias de practicar la voluntad de Dios	
- En este mundo - En la eternidad	
VI CONCLUSIÓN.....	51

INTRODUCCIÓN

La voluntad de Dios puede plantearse de múltiples formas y en diferentes áreas de la vida. En relación con esta idea, la Biblia nos muestra su diversidad teológica en la llamada **«multiforme gracia de Dios» (1 P. 4:10)**.

¿Cuál es la voluntad de Dios y cómo podemos conocerla? es un tema que genera no poca controversia, máxime si queremos reconciliar la soberanía del Creador con la responsabilidad humana. Con todo, una de las ocupaciones más importantes para el creyente en Cristo, es conocer los designios de Dios en relación con su vida y circunstancias personales.

Antes de entrar en materia, hemos de comprender que hay propósitos divinos que se cumplen sin condición alguna en todo ser humano, sean creyentes o incrédulos. Existen designios eternos, previamente diseñados por Dios, que no dependen en absoluto de las acciones o determinaciones personales, sean éstas correctas o incorrectas. Luego, con independencia de nuestros hechos (buenos o malos), a la final el Todopoderoso cumplirá fielmente sus proyectos eternos, y nuestra obediencia o desobediencia, no alterarán sus planes en ningún caso.

Siendo cierto que la soberanía de Dios es incondicional, por otro lado, y en sentido complementario, encontramos en la Biblia una dimensión práctica de los planes celestiales, proveniente de las condiciones establecidas por Dios para el ser humano. Y su puesta en marcha, así como los resultados, dependerá en cierta medida de las decisiones –buenas o malas– que cada uno tome en particular respecto a los decretos condicionales del Creador.

Reconocemos que la voluntad de Dios resulta agradable y perfecta, según Romanos 12:2. Sin embargo, podemos acercarnos o alejarnos de esta afirmación bíblica, y experimentar así los beneficios o perjuicios derivados de nuestro buen o mal hacer; de vivir, en mayor o menor grado, según los mandatos divinos. El apóstol Pablo, dirigiéndose a los cristianos del primer siglo, les dijo: **«No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gá. 6:7)**. Esta advertencia bíblica, en forma condicional, representará la orientación teológica que vamos a destacar a lo largo de las siguientes páginas.

Visto con este último enfoque, podemos asegurar que no existe un término medio. Toda persona al presente se halla determinada en uno de los dos grupos: o *dentro* o *fuera* de la voluntad de Dios general, en el aspecto condicional mencionado. Jesucristo dijo a sus discípulos: **«Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn. 14:15)**. El Señor no admite negociaciones intermedias. Si Él mismo advirtió que **«ningún siervo puede servir a dos señores» (Lc. 16:13)**, entonces, ¿cómo saber en realidad a qué señor estamos sirviendo?

Hacer la voluntad del Creador es cometido esencial para cualquier cristiano. Fue este mismo cometido planificado por Jesucristo desde la eternidad: **«Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (He. 10:7)**. Tarea tan gloriosa fue llevada a la práctica en todo su ministerio terrenal: **«No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre» (Jn. 5:30)**.

Dado que el estudio de la voluntad de Dios es un tema amplio y lleno de complejidad, resaltaremos más bien su aplicación atendiendo a la propia responsabilidad humana. Destacando, además, la predestinación de la vida cristiana planteada desde la voluntad condicional de Dios. Todo ello examinado en función de los principios establecidos por las Sagradas Escrituras, desde nuestra perspectiva temporal y humana.

ALGUNAS PREGUNTAS DE ORDEN GENERAL

Seguidamente expondremos algunas preguntas de carácter general, para así tener un panorama concreto sobre cuáles son los planteamientos, muchos de ellos prácticos, que generan inquietud en el pueblo de Dios. Es probable que el lector pueda identificarse con alguno de estos interrogantes.

Sobre la vida ordinaria. Algunos se preguntan respecto de su cuerpo: ¿Por qué no soy tan agraciado/a como...? ¿Dios se olvidó de mí? Acerca de las capacidades intelectuales: ¿Por qué no soy tan inteligente como...? El lugar de residencia: ¿Por qué nací en este país y no en otro mejor...? Sobre la familia con la que viví gran parte de mi vida: ¿Tiene sentido haber nacido en tal familia, con unos padres y hermanos determinados?

La preparación académica, el empleo. Aquel creyente que se propone estudiar en la Universidad, ¿cómo sabe qué carrera ha de escoger? ¿Dios se preocupa de la formación académica, o por el contrario está ocupado en cosas más importantes...? En la búsqueda de trabajo, nos preguntamos: ¿El Señor proporcionará a sus hijos un empleo digno, o es materia ajena a su especial voluntad?

Conflictos familiares, matrimoniales. Las vinculaciones familiares en ocasiones se hacen poco llevaderas, y son demasiados los conflictos habidos entre padres e hijos. La relación de algunos jóvenes con sus padres se muestra demasiado tensa, en ocasiones prácticamente insoportable. ¿Cuál es la voluntad de Dios en tal caso, que se siga soportando abnegadamente, o bien se debe optar por la independencia? En este punto, como en otros, ¿Dios enseñará a sus hijos el camino que han de escoger...? Visto desde la convivencia matrimonial, qué ocurre cuando existen discusiones importantes en la pareja, y se llega a un límite en el que se preguntan: ¿Hemos de separarnos? ¿Cuál es la decisión que se ha de tomar al respecto...?

La salud, la economía. Por qué hay cristianos piadosos que han soportado enfermedades graves, y de hecho son muchos los que hoy padecen desarreglos físicos o psíquicos. ¿Es esto voluntad de Dios...? Además, ¿por qué el Señor bendice a unos más que a otros con bendiciones materiales? ¿Es voluntad de Dios que el cristiano tenga escasez de recursos? ¿Está ya predeterminada su posición económica en esta vida?

La soltería, el noviazgo. ¿Es verdad que Dios tiene preparado el compañero o la compañera idónea? O, encontrarlo es una cuestión más bien de suerte... ¿Por qué mi hermano, amigo, se casó joven, y yo con cierta edad todavía sigo esperando? Por otro lado, estoy conociendo a un/a joven de la iglesia, del/a cual estoy enamorado/a. Pero, ¿es voluntad de Dios que me case con él, con ella? ¿Cómo puedo saberlo...?

La iglesia, el servicio cristiano. Cuando las desavenencias entre los creyentes son demasiadas, la duda se presenta razonable: ¿He de permanecer fiel a mi actual iglesia local, o he de buscar otra comunidad donde congregarme? ¿Por qué no encuentro mi lugar en la iglesia? ¿Está el Señor dirigiendo mis pasos en esta cuestión...? Acerca de las decisiones ministeriales, también algunos se preguntan: ¿He de estudiar en un instituto bíblico? ¿Es verdad que Dios me llama a la obra misionera, o es una impresión personal subjetiva, en decisión de espíritu aventurero? ¿Cómo puedo saber si he de ser misionero, pastor, predicador...?

Al día de hoy no son pocos los cristianos que mantienen permanentes dudas sobre cuáles son los planes de Dios en relación con su vida personal. Y al tener que tomar decisiones importantes, respecto de su situación en particular, suele acompañarles la consiguiente inseguridad, al tiempo que les invade un desasosiego que no logran controlar. Y, en vista de que no alcanzan una respuesta clara a todas las inquietudes vitales, en ocasiones el resentimiento, contra Dios y contra los demás, permanece en el corazón enraizado por largo tiempo. Algunos, en tal estado de incertidumbre y confusión espiritual, optan por apartarse de la iglesia, o lo que es peor, del Señor de la iglesia.

En cuanto a la providencia divina, el Dr. Packer apunta lo siguiente: *«Es imposible dudar de que la dirección divina sea una realidad destinada y prometida a todo hijo de Dios. Los cristianos que no la conocen evidencian por esto mismo que no la buscaron como debían. Es razonable, por lo tanto, que nos preocupemos por saber si somos receptivos a la dirección de Dios, y que procuremos aprender cómo se obtiene»*.

¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida? se preguntan muchos hoy... Como no siempre encontramos respuestas fáciles, se hace cada vez más necesario entender bien las indicaciones bíblicas, así como las señales que pudiera proveer el Espíritu Santo. Todo ello con el objeto de comprobar, en la práctica de la vida cotidiana, la siempre agradable y perfecta voluntad de Dios prometida en su Palabra, que conlleva su especial guía y dirección en todas las cosas.

A las preguntas planteadas en este apartado, habremos de encontrar respuestas adecuadas. Sólo así lograremos aportar estabilidad a nuestra existencia cristiana, y la capacitación necesaria para ayudar convenientemente a los demás, esto es, a aquellos que por diversas causas no saben cuál sea el plan que Dios ha preparado especialmente para sus vidas.

«El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:17).

CAPÍTULO I

EL SIGNIFICADO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

¿Qué significa la voluntad de Dios? Seguramente no hay persona en la Tierra capaz de responder con exactitud a tan importante pregunta. La mente humana es muy limitada en relación con la mente de Dios, eterna e infinita; razón suficiente para no alcanzar a comprender los propósitos celestiales en toda su magnitud. Como decía el salmista: **«Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí. Alto es, no lo puedo comprender»** (Sal. 139:6).

Cabe señalar que el estudio de la voluntad de Dios mantiene un lazo estrecho con el término «predestinación». Esta palabra proviene del vocablo griego «pro-orizo», que según la concordancia griega Strong, significa pre-determinar, señalar con antelación. Aparece en varias ocasiones en el Nuevo Testamento, y su enseñanza se halla impresa en toda la Biblia: **«Jehová ha hecho lo que tenía determinado. Ha cumplido su palabra, la cual él había mandado desde tiempo antiguo»** (Lm. 2:17).

Acerca de Cristo y su sacrificio habla el apóstol Pedro: **«Ya destinado desde antes de la fundación del mundo...»** (1P. 1:20). Igualmente, la Humanidad entera está sometida a un predestino, pues Dios **«les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación»** (Hch. 17:26). También el cristiano ha sido predestinado por previo conocimiento de Dios: **«Porque a los que antes conoció, también los predestinó»** (Ro. 8:29). Inclusive las buenas obras están preparadas con anterioridad, **«las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas»** (Ef. 2:10).

De tal manera podemos decir que Dios lo ha predestinado todo. El pasado, presente y futuro, contiene un destino prefijado por el Creador, que está pre-ordenado en los llamados decretos divinos. La aseveración bíblica resulta definitiva: **«Porque lo determinado se cumplirá»** (Dn. 11:6).

Por otro lado, Dios aplica lo que sucederá en el tiempo y en la Historia, bajo lo que llamamos hoy Providencia, derivado del término «pro-videre», que significa «ver con antelación». **«Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes»** (Sal. 139:4). Dios sabe lo que va a acontecer, pero también lo determina bajo su infinita sabiduría, contemplando su voluntad en la Historia como un todo, sin atender a un pasado o futuro incierto. Por eso, concluimos en afirmar que la Providencia divina es la práctica de su voluntad predestinada en la vida del ser humano, teniendo presente todos los sucesos históricos que van a ocurrir, así como los detalles personales o circunstanciales, sean éstos grandes o pequeños. Recordemos aquí la petición a Dios que hace el siervo de Abraham, en la búsqueda de esposa para Isaac: **«Sea ésta la mujer que destinó Jehová para el hijo de mi señor»** (Gn. 24:44).

La Confesión de Westminster, en el cap.5, expone la doctrina de la providencia divina diciendo: «*I. Dios, el Gran Creador de todo, sostiene, dirige, dispone, y gobierna a todas las criaturas, acciones y cosas, desde la más grande hasta la más pequeña, por su sabia y santa providencia, conforme a su presciencia infalible y al libre e inmutable consejo de su propia voluntad, para la alabanza de la gloria de su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia. II. Aunque con respecto a la presciencia y decreto de Dios, quien es la primera, todas las cosas sucederán inmutable e infaliblemente, sin embargo, por la misma providencia las ha ordenado de tal manera, que sucederán conforme a la naturaleza de las causas secundarias, sea necesaria, libre o contingentemente*».

Para el Gran Diseñador ningún acontecimiento ocurre por accidente. La vida no es producto del Azar, ni el Universo camina desprovisto de rumbo o destino. La Providencia anula la casualidad, y no hay nada que escape al conocimiento divino, ya que Dios mantiene el control absoluto de todas las cosas. «***El Señor ha establecido su trono en el cielo; su reinado domina sobre todos***» (Sal. 103:19). A saber, su gobierno se ejecuta bajo el plan que ha diseñado previamente, según las causas primarias, esto es, sus decretos incondicionales y su buena voluntad original; añadiendo las causas secundarias, que asimismo incluyen las acciones del ser humano en propia decisión, y las consecuencias del pecado. La Biblia contiene innumerables enseñanzas acerca de la providencia y soberanía de Dios. Los discípulos en Pentecostés así lo entendieron: «***Para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera***» (Hch. 4:28).

Ciertamente podríamos considerar la voluntad de Dios en sus diferentes variantes: soberana, eterna, universal, histórica, nacional, grupal, individual, absoluta, condicional, permisiva, y demás implicaciones prácticas. Por ello, aceptamos que su estudio contempla muchas y variadas perspectivas. Entendemos que la voluntad de Dios es predestinada, pero a la vez tiene presente la libertad moral del individuo. En todo es perfecta, pero en su elaboración incluye la imperfección del pecado, ya que Dios, conociendo de antemano la rebelión humana, incluyó el pecado y sus consecuencias para planificar su proyecto en la eternidad. Por un lado la voluntad de Dios es incondicional, pero por otro lado también establece condiciones; es verdad que permanece inmutable, pero en su planificación no pasó por alto las decisiones humanas... En cualquier caso, toda particularidad mencionada, se complementa con las demás a fin de planificar los llamados decretos divinos; porque, incluso los «aspectos permisivos» fueron perfectamente ensamblados en sus planes eternos. Todo queda supeditado a la finalidad última, que es su propia glorificación personal. Así lo afirma el teólogo holandés, L. Berkhof: «*Dios hace que todo trabaje en la naturaleza y que se mueva en la dirección de su predeterminado fin*». No es otro el mensaje de la Escritura, ya que Dios es creador y director de la obra, el «***que hace todas las cosas según el designio de su voluntad***» (Ef. 1:11).

Pese a que el Soberano actúa según su soberanía, y decreta bajo sus sabios e infinitos consejos, observamos además que la voluntad divina establece requisitos de parte de Dios para el hombre (varón y hembra). Las Sagradas Escrituras contiene mandamientos, y el hombre es claramente responsable, por lo que experimentará las consecuencias positivas de su cumplimiento, o por el contrario de su quebrantamiento. Saber, y no obedecer, es una contradicción ya denunciada por nuestro Señor: «***¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?***» (Lc. 6:46).

El Diccionario de Teología, de E. F. Harrison, destaca dos importantes aspectos de la voluntad de Dios: «*La voluntad decretada determina cualquier cosa que haya de suceder, mientras que su voluntad preceptiva declara cómo debería vivir el hombre*». Visto en este último sentido práctico, los planes preceptivos de Dios se convierten para nosotros «hoy» en mandamientos, enseñanzas, recomendaciones, promesas, advertencias, es decir, todo ello la aplicación de los deseos celestiales, en el «aquí» y el «ahora»: lo que Dios quiere y lo que pide del hombre. ¿Qué pide Dios de usted, qué pide de mí...? Vivir conforme a la voluntad del Creador en su sentido general, significa llevar a término, por parte del ser humano, el cumplimiento de las condiciones establecidas en su Santa Palabra.

Con esta orientación planteada, no pensemos en ningún momento que el hombre posee capacidad innata para desempeñar la voluntad de Dios. La Biblia afirma que al hombre natural le es imposible aplicar los preceptos divinos, pues no percibe **«las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Co. 2:14)**. Antes bien, sólo es posible hacerlo bajo la unión espiritual con Cristo. A la verdad, si no estamos unidos espiritualmente a Jesucristo, es tarea impracticable. **«Separados de mí nada podéis hacer» (Jn. 15:5)**. Por tanto, los planes eternos de Dios se administran en el creyente únicamente a través de la obra, la Persona, y el poder de Jesucristo: **«Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3:1)**. Todo aquel que está unido a Cristo, por la conversión, es revestido diariamente de la gracia divina, para caminar según los propósitos ordenados previamente por el Creador. **«Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia» (Ro. 11:6)**.

Enfaticemos la enseñanza, porque en ninguna manera el cristiano, por sí solo, puede cumplir con la voluntad de Dios, ya que ésta es perfecta, infinita, eterna, santa y absoluta. Entonces, ¿por dónde va la idea? La idea se centra básicamente en la «disposición del corazón». No hay obras humanas perfectas en el horizonte, sólo es cuestión de tomar una decisión personal, en sinceridad de corazón, sabiendo a la vez que nuestra naturaleza caída está completamente inhabilitada para servir a Dios. Por ende, con este sentimiento de incompetencia, habremos de orientar voluntariamente nuestra vida al servicio de Dios, buscando su ayuda en todo momento, pues **«Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Sal. 46:1)**.

Para comprender el concepto de «providencia divina», en asociación con lo que llamamos la Revelación sobrenatural (contenida en la Biblia), es necesario primero disponer el corazón de manera correcta, no sólo para conocer la voluntad de Dios, sino también para hacerla: **«El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Jn. 7:17)**. La pregunta principal no es ¿cómo puedo cumplir con...? sino, ¿quiero... hacer la voluntad de Dios? Si es así, en la medida que emprendamos el camino, nos daremos cuenta de que, paradójicamente, no podemos seguirlo. Y es con este sentimiento de insuficiencia, que estaremos preparados para que el Soberano cumpla su cometido por medio nuestro. Así, la intervención humana, en actitud voluntaria, se convierte en mera colaboración, que como posibilidad también es habilitada por Dios, por lo que nada resulta en gloria personal. **«Dios produce el querer como el hacer, por su buena voluntad»**, cita Filipenses 2:13. Por lo tanto, la vida cristiana no es una cuestión de «acción» sino de «actitud». Primero nuestro corazón debe alinearse con el de Dios, y sólo así podremos andar por camino recto. En cualquier forma, la determinación voluntaria y personal es requisito indispensable; determinación en la fe de Cristo, y para la obediencia a Dios. **«Mi corazón está dispuesto, oh Dios» (Sal. 108:1)**, afirmaba el salmista.

Si buscamos refugio en Jesucristo, que es verdadero abogado e intercesor delante del Padre, alcanzaremos las fuerzas que nos permitirán avanzar. Y aun siendo herramientas inútiles, en manos de nuestro Padre celestial todos sus hijos pueden realizar labores impensables, para la sola manifestación de su gloria, pues **«lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios» (1 Co. 1:27)**. Renglones torcidos somos, y vacíos de contenido, donde el Gran Diseñador escribe su destino, y por cierto, escribe recto... Aunque es verdad que Dios se complace sólo en Cristo, y no en el hombre, con todo y ello, su gran amor le lleva a obrar poderosamente en el creyente nacido de nuevo. Por eso Pablo exclamó, **«todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil. 4:13)**.

Aceptada la anterior explicación, no obstante, enfocaremos el presente estudio más bien en cuanto a la relación que existe entre la voluntad del Creador y la responsabilidad humana, centrándonos particularmente en la vida cristiana, según lo que llamaremos la «voluntad condicional de Dios».

A continuación, para integrar bien en nuestra mente la enseñanza, resaltaremos dos aspectos importantes que habremos de considerar por separado. Estos dos aspectos son la «voluntad general» y «la voluntad especial» de Dios.

LA VOLUNTAD GENERAL DE DIOS

En el conocimiento de Dios

Algunos se preguntan: ¿Qué es lo que tengo que hacer para cumplir con la voluntad general de Dios? Y la pregunta podría ser malinterpretada, ofreciendo la sensación de que todo depende del cristiano, que la cuestión es «hacer» o «no hacer»... y éste no es el camino. **«Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas» (Lc. 10: 41)**, fue la respuesta del Señor. En ninguna forma debemos entender los preceptos divinos sólo en términos de lo que el cristiano tiene que hacer, pues de ser así podríamos caer en el orgullo. La voluntad de Dios no es cristiano-céntrica o eclesio-céntrica, sino cristo-céntrica; se dirige hacia Cristo, no hacia el hombre. Es una vida de plena «devoción» a Cristo y no de «obligación». Por ello, el hacer la voluntad de Dios no se concentra tanto en el sentido del deber, u obedecer de la mejor manera, o desarrollar nuestra vida cristiana con la mayor santidad posible; ni siquiera poner a disposición nuestros bienes para el servicio de los demás... Y aun siendo todo esto bueno y necesario, el sentido correcto se dirige, principalmente, en conocerle a Él. **«Conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os. 6:6)**, citaba el profeta Oseas.

Sabemos que a Dios se le conoce a través de la conversión, también llamada «experiencia de la salvación», ya que es el momento en que el Espíritu Santo llena con su presencia el corazón vacío del pecador arrepentido. A partir de esa experiencia sobrenatural, recibe la capacidad para seguir creciendo en el conocimiento de Dios, bien sea teórico como práctico. El conocimiento de Dios lo encontramos esencialmente en la Biblia, ya que es su propia Revelación escrita, al que añadimos el conocimiento experiencial, que lo hallamos en la aplicación práctica de ese conocimiento, en relación y puesta en marcha de nuestra comunión con el Salvador.

El Creador se ha dado a conocer a la Humanidad, y como es natural, su voluntad general es que el ser humano le conozca. Fue el clamor de Dios hacia su antiguo pueblo: **«Para que me conozcáis y creáis, y entendáis, que yo mismo soy; antes de mí no fue formado Dios, ni lo será después de mí» (Is. 43:10)**. El conocimiento del Altísimo no solamente implica saber, poco o mucho, acerca de Dios, sino principalmente experimentar una relación espiritual con Él. Veamos la diferencia: Yo conozco al presidente de mi país, pero... realmente no le conozco, porque nunca he estado con él, ni formo parte de su familia o de sus íntimos más allegados, por lo que mi conocimiento es solamente un conocimiento teórico, no personal. Por consiguiente, el conocimiento de Dios implica relación personal, espiritualmente hablando; es una experiencia real de fe, «para que me conozcáis y creáis», hemos leído en el versículo citado.

La declaración de Jesucristo resume el propósito de vida que Dios imparte en el corazón del creyente: **«Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Jn. 17:3)**. El texto bíblico resulta explícito por sí mismo. La verdadera vida apunta hacia el «conocimiento de Dios», en su dimensión intelectual, espiritual, experiencial, que además práctico.

En la glorificación de Dios

La finalidad primera y última de la voluntad general de Dios, tanto en el orden de la creación, como también de la salvación, es la glorificación de su propio Ser. **«Para gloria mía los creé, los formé, y los hice» (Is. 43:7)**.

Dar gloria a Dios significa ensalzar su Ser, en reconocimiento de su grandeza, por lo que Él es (observando sus atributos divinos), y por lo que ha hecho (observando su obra creadora y salvadora). De manera que la vida del creyente debe aportar honor y buena reputación al nombre del Señor, en una actitud constante de adoración a Aquel que nos ha creado y redimido.

En cuanto a objetivo de vida cristiana, sólo Dios debe ser alabado, admirado y engrandecido. Si miramos al pasado, el juicio divino se produjo porque **«no le glorificaron ni le dieron gracias» (Ro. 1:21)**. También vemos en la Escritura cómo el rey Herodes fue herido por un ángel, **«por cuanto no dio la gloria a Dios» (Hch. 12:23)**.

Así pues, hombre o mujer que habita en este mundo, y especialmente si es verdadero creyente, ha sido creado **«para la alabanza de la gloria de su gracia»** (Ef. 1:6). Hacemos bien en recordar con frecuencia que el objetivo fundamental de la voluntad de Dios, no es otro que su propia glorificación, pues como bien afirmó el Señor: **«Y a otro no daré mi gloria»** (Is. 42:8).

No pasemos por alto este aspecto mencionado, porque es digno de meditar y profundizar, así como también ponerlo por práctica en todas las áreas de la vida cotidiana.

En el orden natural

Con anticipación al tiempo y al espacio, nuestro Hacedor ha planificado y así desempeñado su soberana voluntad. **«Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos»** (Sal. 135:6). Sea antes, como después de la Creación, en ningún momento ha dejado Dios de realizar sus deseos. De forma pre-ordenada, e incluida su voluntad permisiva, ayer como hoy sigue moviendo los hilos de la historia de la Humanidad, para que en última instancia se cumplan sus planes eternos. Con tal objetivo utiliza el orden natural de las cosas que Él ha creado, bien sean llamadas físicas, emocionales o espirituales. Todo existe y se desarrolla bajo la perfecta planificación de Dios.

En este sentido, no iba desencaminada la frase del siempre recordado científico, Albert Einstein: **«Dios no juega a los dados en el Universo»**. Efectivamente, la Creación y el desarrollo de la Historia no resultan de ningún accidente fortuito. El Eterno sigue aplicando a través de los tiempos, y no de forma casual, todos y cada uno de sus planes celestiales. Y en esos magníficos planes, además incluye su abundante gracia, que se hace manifiesta a todos en forma general: **«Hace llover sobre justos e injustos»** (Mt. 5:45).

En el orden de la salvación

«Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). **«Ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan»** (Hch. 17:30). Destacamos las palabras «quiere» y «manda», ya que expresan la voluntad general de Dios en el marco de la Redención. El hombre se haya perdido y camino a la perdición eterna, e indiscutiblemente necesita la salvación. Por tanto, el mayor propósito del Creador, para con el ser humano, es llevar a cabo la sublime tarea de reconciliación con Él; reconciliación que se efectúa a través de la Cruz de Cristo, donde el pecador puede ser perdonado, salvado y restaurado. Las palabras del Señor Jesucristo reflejaban la voluntad del Padre: **«Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero»** (Jn. 6:40). El glorioso mensaje del Evangelio representa la columna vertebral de la voluntad general de Dios, es decir, el plan de la Salvación que Dios ha provisto para la Humanidad en Cristo Jesús.

Nuestro Señor planificó y ejecutó la obra de la Redención según sus soberanos decretos, y asimismo la completará sobre la base de sus fieles promesas. Dios es fiel y cumple lo que promete, pues **«Dios no es hombre para que mienta»** (Nm. 23:19). En esta planificación de las promesas divinas, el orden de la salvación se concibe desde la eternidad con la formación de un pueblo predestinado por Dios, que sólo Él conoce, al que llamamos en nuestros tiempos la «Iglesia de Jesucristo». A saber, toda persona que recibe la salvación ha sido incluida previamente en el programa eterno del gran Diseñador, creándole un futuro específico en el cual Dios ya planificó su destino, en función de su condición de salvo e hijo amado. **«Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo»** (Ef. 1:4).

En el orden de la relación con Dios

La voluntad general de Dios consiste, una vez ha redimido al individuo, y en posición de hijo nacido del Espíritu, que mantenga una buena relación con el Padre eterno. Por ello, el pecador que ha encontrado a Dios, a la vez ha encontrado el sumo bien en Cristo Jesús.

Y partiendo de ese especial encuentro espiritual, el recorrido del camino consistirá en conocerle a Él, en amarle, adorarle, gozarse en Él, agradecerle, y complacerse en su presencia. No se trata sólo de hacer buenas obras para agradar a Dios, sino principalmente de «buscar a Dios», anhelar caminar junto a Él en plena comunión espiritual. **«¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra» (Sal. 73:25).** Es, en definitiva, disfrutar de Dios en el ámbito de la fe, en constante devoción, por medio de la Palabra y la oración. Como expresaba el salmista: **«Me deleito en hacer tu voluntad, Dios mío» (Sal. 40:8).**

Entendamos bien el concepto, porque la voluntad de Dios no significa que «amemos el hacer su voluntad», sino que le amemos a Él; de lo contrario todo acto se convertiría en mera religión, identificada por el «hacer» y no por el «amor a Dios», tal como desgraciadamente ha ocurrido y ocurre en gran parte de nuestra Cristiandad. Con esta misma visión, encontramos en la Biblia que el rey David, habiendo recibido el conocimiento de Dios, no promovía la «religión», sino «la relación»: **«Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela...» (Sal. 63:1).** Definitivamente, tener a Dios es tenerlo todo, y si no le tenemos a Él, nada tenemos. Evocamos aquí la frase célebre: **«Si tienes a Dios, qué te falta, y si te falta, qué tienes...».**

Buscar la voluntad general de Dios, no es otra cosa que buscar a Dios: **«Buscadme, y viviréis» (Am. 5:4).** El que comprende la gracia celestial, no busca la obediencia al mandamiento por obligación, o recibir recompensa alguna; si tengo a Dios, ¿qué recompensa quiero? pues lo tengo todo; **«todo es vuestro»**, dijo el apóstol Pablo a los corintios, 1 Corintios 3:22.

Vivir en Dios es vivir en plenitud, porque el Buen Pastor llena el alma, aporta refugio, descanso, y dirección segura en nuestro peregrinar por este mundo. El símil se halla en la oveja que busca la seguridad del pastor, o los polluelos que se refugian bajo las alas de su protectora madre. Visto los efectos benéficos de nuestra relación con Dios, no parece nada extraño el empeño del profeta: **«Con mi alma te he deseado en la noche» (Is. 26:9).**

Al presente puede haber personas que estén dispuestas a cumplir con la voluntad de Dios por temor, por miedo al castigo; y así viven un cristianismo esclavizador que finalmente se hunde en el sinsabor de la vida... Por el contrario, el creyente bien instruido no intenta obedecer a Dios por temor, sino por amor: **«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Jn. 4:18).**

Ahora bien, es cierto que existe la enseñanza de un temor reverente a Dios, que es el principio de la sabiduría, según consta en Proverbios 1:7. El temor constituye el inicio de nuestra relación con Dios, para de tal manera comenzar a saber cuál sea su buena voluntad para nuestra vida personal: **«¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger» (Sal. 25:12).** No obstante, si al temor de Dios le llamamos «miedo», bien puede clamar el creyente fiel con alta voz que *itiene miedo!*... pero, de defraudar a Dios, de olvidarse de Él, de alejarse de su buena voluntad; porque se halla tan unido al Salvador, tan bendecido, tan satisfecho, tan agradecido, que tiene miedo de no corresponderle como debiera.

Es verdad, el cristiano fiel tiene «miedo», debido a que experimenta la gran impotencia de su naturaleza caída, al sentirse indigno e insuficiente para obedecer la perfecta y santa Ley de Dios. Motivo por el que en todo busca recibir de lo Alto la gracia y el oportuno socorro, como la ayuda necesaria para vivir según la voluntad divina en la forma más perfecta posible. Y, en esta búsqueda, es donde encuentra la verdadera paz, así como las fuerzas necesarias para proseguir el camino.

¿Cuál es la voluntad general de Dios? Lejos de compromisos eclesiales u obligaciones religiosas, el mandato de Cristo resulta concluyente: **«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mt. 12:30).** Nos preguntamos, entonces, ¿hay algo más valioso que Dios? Si no buscas a Dios, entonces ¿qué buscas...?

En el orden de la vida cristiana

Del mismo Creador recibimos ayuda y dirección para aplicar su voluntad general, en todos los ámbitos de nuestra existencia. Sin embargo, su buena intervención tendrá como objeto final el recuperar la imagen caída del hombre, o lo que es lo mismo, conformar al cristiano a la semejanza de su Señor. Este es el propósito que el Padre quiere alcanzar en todo hijo suyo. Ser como Jesucristo –en calidad humana–, es el deseo de Dios para cualquier creyente en cualquier lugar del mundo. Se trata, en suma, de que todos los acontecimientos, búsqueda de respuestas, decisiones, y demás pormenores, por parte del cristiano, sean encauzados hacia dicha finalidad: **«También los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Ro. 8:29).**

En este sentido mencionado, fue constante la preocupación del apóstol Pablo para con la iglesia: **«Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gá. 4:19).** Es menester afianzar nuestro pensamiento, porque los planes generales del Altísimo se administrarán en el creyente bajo una determinada condición: «transformar al creyente conforme al modelo de Jesucristo».

Vista la voluntad de Dios con una orientación transformadora, hemos de preguntarnos si todo lo que gira alrededor nuestro: proyectos, circunstancias, personas, así como las motivaciones internas del corazón: anhelos, deseos, etc., están cooperando para la glorificación de Dios y para la formación del carácter de Cristo en nosotros...

Existen otros muchos aspectos de la voluntad general de Dios, que requerirían un volumen aparte. Bien podríamos destacar la evangelización y transmisión toda de la enseñanza bíblica, pues la voluntad de Dios es que, cumpliendo el mandato de Jesús, vayamos por el mundo haciendo discípulos, según cita Mateo 28:19. Al igual que la Gran comisión, otros designios generales del Creador se han revelado en forma escrita, la Biblia, donde encontramos todas las directrices en cuanto al orden de la vida cristiana, relativo a las relaciones familiares, sociales, eclesiales, espirituales, testimoniales, etc.

LA VOLUNTAD ESPECIAL DE DIOS

El destino del creyente y del incrédulo

«Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz» (Jn. 12:36). Con dependencia de la luz espiritual recibida en la conciencia (no en el espíritu, porque el espíritu humano está muerto en delitos y pecados), bien podemos pensar que cada individuo es responsable delante de Dios. **«Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado» (Jn. 15:22).** La Palabra de Cristo será la que juzgará a todo aquel que rechace su oferta de salvación. De manera que está en juego el estado final del ser humano: *salvación* o *condenación*. El hombre es claramente responsable por su pecado, y en ningún caso tendrá excusa en el día final. **«Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa» (Ro. 1:20).**

De alguna forma el mundo tiene conciencia de Dios, porque Él mismo **«ha puesto eternidad en el corazón del hombre» (Ec. 3:11)**, y por tal motivo el ser humano sabe que tiene un compromiso frente al Creador, e inevitablemente tendrá que rendir cuentas. Frente a esta ineludible realidad futura, muchos prefieren evadir su responsabilidad temporal en aras de asumir la eterna. De todas maneras, los textos bíblicos apuntan hacia una verdadera responsabilidad humana: **«El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» (Jn. 3:36).** **«El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (Jn. 12:48).** «Rechazar» la palabra de Cristo, o «rehusar» creer en Él, parece implicar en cualquier caso una decisión personal en relación a la voluntad de Dios. Por lo que, en función de la decisión interior tomada en el ámbito de la conciencia (según la luz conferida por el Espíritu), le corresponderá entonces a cada persona vivir su periodo de vida en la Historia,

que es preparado de antemano por Dios, para en el caso de ser incrédulo, estipular su grado de condenación (mayor o menor), o de ser creyente, su grado de bendición eterna (mayor o menor). Y a partir de aquí se determinará el particular futuro para cada individuo, aplicado en el devenir de su paso por este mundo, según lo que llamaremos la voluntad especial de Dios.

Con esta resuelta impresión de futuro, comprendemos que la vida terrenal constituye la «prueba determinante» (en el lugar y momento de la Historia) dispuesta por Dios para cada individuo. Los resultados de dicha prueba configurarían en buena medida el estado final de todo hombre o mujer en la eternidad... Ciertamente el fallecimiento de los neonatos es un gran misterio, e incluso los niños que no poseen capacidad de discernimiento sobre el bien y el mal. Para despejar esta duda, algunos se aferran a las palabras del Señor cuando dijo: **«Dejad a los niños venid a mí... porque de los tales es el reino de los cielos» (Mr. 10:14)**. Aunque el texto no se refiere exclusivamente a bebés o niños de corta edad, podemos entender que los niños tienen un acercamiento especial en el reino de Dios. Es verdad, no hay respuestas absolutas para los misterios celestiales. Pese a todo desconcierto e incompreensión, en este asunto u otros, hacemos bien en intentar responder con lógica bíblica a las preguntas que nos plantea el destino de la Humanidad en general, y del creyente en particular.

«¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria» (Ro. 9:22,23). El texto leído refleja el problema del antiguo pueblo de Israel y su propósito histórico-salvífico (como nación), que comprendía creyentes e incrédulos. Siguiendo la enseñanza del propio contexto histórico, extraemos un principio bíblico suficientemente preciso: «Él (Dios) preparó de antemano». Reflexionemos aquí, porque Dios prepara los escenarios donde reunió entonces, y reúne hoy, a los creyentes e incrédulos, en la proporción que estima oportuno. Por ejemplo, los países donde hoy el cristianismo es grandemente perseguido, están destinados generalmente para todos aquellos vasos preparados para destrucción, como cita el texto, incluyendo en tal caso la presencia de creyentes como evidencia testimonial. Así también sucede con las religiones, culturas, pueblos, y algunas épocas de la Historia donde apenas hubo testimonio bíblico (pueblos idólatras de la Antigüedad, época medieval de oscurantismo bíblico, etc.). Me pregunto personalmente: ¿Qué hubiera ocurrido si «por casualidad» un servidor hubiera nacido en el pueblo de mis antepasados, situado en la España profunda del siglo XVIII, sin testimonio evangélico alguno, que yo sepa? Seguramente la expresión de mi vida cristiana hubiera sido muy limitada; opresión y persecución me hubieran esperado, o en los peores casos la muerte a manos de la Inquisición. Aunque, ¡Gloria a Dios! si así hubiera tenido que ser.

Por lo común, pienso que casos de cristianos solitarios (que viven su cristianismo en soledad) no han sido abundantes en la Historia, y generalmente asumían un propósito de excepcionalidad en los planes divinos. De todos modos, visto desde su desarrollo histórico, Dios prepara, reúne y dirige a la comunidad de cristianos, dado que representa el glorioso Cuerpo de Cristo, sean pocos o numerosos; así como también ha preparado y reunido a los incrédulos, clasificados por países, pueblos, religiones, culturas, y momentos de la historia humana. Con esto quiero decir que los acontecimientos históricos, aplicados para cada persona, en relación con la salvación o condenación, también fueron ordenados por manos del Hacedor.

La Historia, sea general o individual, fue escrita en el libro Dios antes de que ésta se desarrollase. Hasta el mismo código genético de cada persona fue trazado por el Creador de forma individual. Así lo hace constar el salmista: **«Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas» (Sal. 139 16)**. El mismo profeta Jeremías es objeto de aclaración: **«Antes que te formase en el vientre te conocí» (Jer. 1:5)**.

Nos preguntamos, además, desde nuestra diversificada Cristiandad: ¿Por qué en nuestra época de grandes movimientos evangélicos y fácil difusión bíblica, miles de cristianos abarrotan iglesias apóstatas, carentes del amor divino? La respuesta es concisa: Porque este es su destino. Dios mismo los ha juntado, agrupado en...

No nos engañemos por las apariencias, pues habría que saber cuál es la intención de aquel que está satisfecho con una religión muerta. En cualquier caso, el que es Omnisciente conoce perfectamente los corazones, y por ello cada uno es predestinado en función de su verdadera disposición interior: **«Pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1º S. 6:7)**. Cada persona está «donde» debe y «como» debe estar respecto a la voluntad especial de Dios, dependiendo de cuales sean sus intereses personales: **«Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mt. 6:21)**. En el día final nadie podrá decirle a Dios que vivió injustamente en el momento y lugar equivocado, o que padeció en esta vida pasajera sin sentido o propósito alguno. El Señor no es injusto o arbitrario con ningún individuo en particular. **«Para él no hay acepción (diferencia) de personas» (Ef. 6:19)**.

Por lo dicho hasta aquí, podemos concluir que cada uno está en el hoy, y estará en el mañana, en la época y lugar que le corresponde, comprendiendo que el Eterno prepara y planifica todo destino, teniendo presente las propias motivaciones humanas, que bien conoce de antemano. Así le ha placido en su soberanía, y aplicado en su providencia.

Todas las cosas creadas, como sucesos históricos o circunstancias personales, es decir, desde lo más ínfimo relativo a la materia o el espíritu, hasta lo más grande e infinito del Universo, se mantiene en estrecha vinculación con el Ser supremo llamado Dios, y por consiguiente con su voluntad decretada. No puede ser de otra manera. Ya citaba el poeta inglés William Blake: **«Aquél que ve al infinito en todas las cosas, ve a Dios»**.

En cierta medida el hombre, teniendo una conciencia moral, es sabedor de que Dios es Rey soberano, y en consecuencia tiene el deber de conocerle y servirle. Pero, por desgracia muchos no quieren enfrentarse a tan importante requisito. En la parábola de los talentos, el siervo que recibió un talento tuvo miedo a la responsabilidad de invertir lo entregado por su señor; o del coste en administrar lo que reconocía no era suyo, y por lo tanto prefirió enterrarlo: **«Señor, te conocía que eres hombre duro... por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra» (Mt. 25:4,5)**. De igual manera, hoy en día los intereses terrenales (escondidos en la tierra) son los que prevalecen: sean intereses materiales, familiares, profesionales, sociales, e inclusive religiosos, eclesiales o ministeriales; y que, definitivamente, suponen el rumbo que cada uno en particular desea seguir.

El escritor y predicador estadounidense, A W Tozer, hace la siguiente mención: **«Los hombres son libres para tomar sus propias decisiones morales, pero también están bajo necesidad de rendir cuentas a Dios por esas decisiones. Eso los hace tanto libres como responsables, porque están destinados a presentarse ante el juicio y rendir cuentas de las obras hechas mientras estaban en el cuerpo»**.

A pesar de todo, ninguna de las decisiones humanas, sean correctas o no, toman de improviso y por sorpresa a Aquel que lo sabe todo. No olvidemos que Dios es omnisciente, y todo ello lo ha tenido presente a la hora de programar un destino especial, es decir, un destino creado para cada individuo con antelación al tiempo y al espacio.

El predestino de los hijos de Dios

La voluntad de Dios para cada cristiano, en particular, se halla contemplada en lo que llamamos «la predestinación». Acerca de los hijos de Dios, la Biblia declara: **«En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Ef. 1:5)**. Nótese la expresión «de su voluntad», ya que ésta se manifiesta principalmente en la «predestinación». Razón por la cual el Padre celestial quiere llevar a cabo su perfecto plan en cada hijo suyo, incluyendo asimismo todos los aspectos esenciales de la vida cotidiana, mencionados en las preguntas inicialmente planteadas: dónde viviré, cuál será mi empleo, con quién me casaré...

He de aclarar aquí que no me refiero tanto a la predestinación en relación con la salvación o condenación eterna, sino más bien al destino de vida creado por Dios para cada cristiano en particular, según su «providencia»; término que, como ya hemos visto, significa «ver de antemano». Sobre el tema de la predestinación para salvación o condenación, no vamos a entrar en detalle. Según mi opinión, la «elección» guarda una estrecha relación con el concepto de eternidad, pues para Dios en esta dimensión no existe el tiempo, como ya

hemos mencionado. El término «predestinación», para nosotros asume el concepto de tiempo, y sabemos que el Creador del Universo no está supeditado al tiempo. De manera que en la predestinación está presente la caída del hombre, la muerte de Cristo, la condenación del incrédulo, la salvación del creyente, y nuestra responsabilidad humana. Son realidades en tiempo presente para el Creador, vistas como un todo, desde antes de la fundación del mundo. Es difícil de entender, pero mucho más de explicar...

En vista de las enseñanzas bíblicas, podemos asegurar que el Todopoderoso ha creado un destino particular para cada creyente, aplicado a esta vida temporal: desde el país de nacimiento, la familia que no ha escogido, su aspecto físico, sus dones, virtudes... hasta la fecha de su partida a la Patria celestial. El cristiano, como tal, se halla incluido en un programa minuciosamente planificado por Dios desde la eternidad. Sus circunstancias actuales (sean cuales fueren) no son casuales, sino que responden a un propósito celestial muy determinado. Así parece apoyarlo J.L. Packer, en su libro *Conociendo a Dios: «¿Tiene Dios un plan individual para cada uno? Por cierto que sí: Dios tiene un "designio eterno" (literalmente "plan para las edades"), un designio... para realizarlo en la plenitud de los tiempos, en consonancia con lo cual realiza todo conforme a la decisión de su voluntad»*. Recapacitemos sobre tan maravillosa enseñanza, porque no sólo resulta de utilidad práctica, sino que constituye motivo de regocijo, pues en «la predestinación» es donde el creyente fiel, en cualquier circunstancia que se encuentre, halla un completo y eficaz descanso espiritual.

Descubramos los grandes personajes de la Biblia, y cómo Dios cumplió su especial propósito en todos ellos. Destacamos la vida y obra del señor Jesucristo, como el núcleo de la predestinación: **«A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole» (Hch. 2:23)**. Traemos a la memoria además la vida de Noé y su proyecto con el Arca; o el cumplimiento de la promesa de Dios con Abraham, angustiado por no tener hijos; Moisés y su renuncia a ser llamado hijo del Faraón; David, a punto de ser eliminado por Saúl; José, entregado por sus hermanos y encarcelado en Egipto; Juan el bautista y su labor precursora del Mesías... Y así podríamos seguir con otros ejemplos relativos a la voluntad especial de Dios. De igual forma que con los modelos bíblicos citados, también los inmutables planes celestiales se han de ejecutar en la vida del creyente que confía en su Salvador; y a la verdad, en la mayoría de las veces sin apenas notar el extraordinario proceder invisible de su intervención divina.

Conviene recordar que los cristianos no andamos exentos de rumbo o destino; todo lo contrario, existe un propósito que cada cual personalmente habrá de cumplir: **«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:10)**. Es cierto que hay un sentido general del texto leído (obras de carácter general), pero también es cierto que su aplicación contiene un sentido claramente individual. Por ejemplo, para que entendamos la idea, si Dios afirma que **«cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros» (1 P. 4:10)**, será porque a la vez que el don, también Dios provee del ministerio específico para poder ejercer el particular don que Él mismo ha otorgado individualmente; de forma contraria sería un dicho absurdo en manos de un Dios razonable.

El teólogo y escritor del siglo XIX, Benjamín B. Warfield, realiza la siguiente aclaración sobre la voluntad de Dios: *«Es el mismo nervio de la doctrina que cada individuo de la enorme multitud que constituye la gran hueste del pueblo de Dios, y que está ilustrando el carácter de Cristo en la nueva vida, ahora vivida en la fuerza del Hijo de Dios, ha sido el objeto particular desde la eternidad de la consideración divina y que ahora está cumpliendo el destino elevado designado por Él desde la fundación del mundo»*.

Si confiamos en las promesas bíblicas, podemos esperar con toda seguridad que el Buen Pastor nos guíe y ayude a desarrollar el destino tan elevado designado por Él mismo. Pablo, siendo consciente de su particular predestinación, se presenta a la iglesia como **«apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios» (Ef. 1:1)**. Siglos antes, y en esta misma línea de pensamiento, el salmista afirmaba en su corazón: **«Jehová cumplirá su propósito en mí» (Sal. 138:8)**.

Dios conoce de antemano nuestras decisiones

Resulta apropiado pensar que nuestra vida futura se construya, en buena medida, sobre la base de todas las decisiones que Dios sabe que vamos a tomar. **«Pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas» (Mt. 6:32)**. Y a causa de tal conocimiento, parece tener bastante sentido que el devenir histórico esté previamente determinado por el Creador, que bajo su eterna sabiduría se preocupó con antelación de todos los aspectos prácticos de la existencia humana en general, y también de cada individuo en forma particular, sea incrédulo o creyente. **«Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis» (Mateo 6:8)** .

En primer lugar hemos de aclarar los conceptos: «Dios ya sabe lo que va a ocurrir», o en términos bíblicos leídos: «sabe lo que necesitamos». Estas son expresiones del lenguaje humano para que nosotros entendamos el proceder de Dios, contemplado desde nuestro espacio-tiempo. La omnisciencia divina va mucho más allá, pues no está sujeta a la limitación del tiempo. Para Dios, el pasado o futuro también son presente: **«Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P. 3:8)**. En cierta manera podemos advertir que Dios crea un destino específico en función de las decisiones que Él ya sabe de antemano, y que corresponden a las verdaderas intenciones de cada persona. En caso contrario, la predestinación de vida se convertiría en programación automática. El pensador cristiano CS Lewis, concluyó de esta manera: *«Existen dos clases de personas. Aquellos que le dicen a Dios: Que se haga tu voluntad; y aquellos a quien Dios les dice: Muy bien, que se haga como usted quiera»*.

Aun teniendo presente la libertad moral del individuo, los planes generales de Dios en ningún caso dependen de las decisiones humanas. Él establece sus designios, y sitúa los límites del proceso histórico según su soberanía. Pero, siendo esto cierto, no pasemos por alto que magnánimo es Dios, pues también en su soberanía y gran amor, no ha querido ser indiferente a la voluntad del hombre. En este sentido, Dios planificó la muerte de Cristo antes de la fundación del mundo, porque precisamente sabía que el hombre voluntariamente iba a pecar contra sus mandamientos; y es por ello que, en función de esta errónea decisión humana, dispuso el proyecto de la salvación. **«Ya destinado** (el sacrificio de Cristo) **desde antes de la fundación del mundo» (1ª P. 1:20)**.

Volviendo a la Confesión Westminster, cap. 5:2, leemos: *«Aunque con respecto a la presciencia y decreto de Dios, quien es la primera, todas las cosas sucederán inmutable e infaliblemente, (1) sin embargo, por la misma providencia las ha ordenado de tal manera, que sucederán conforme a la naturaleza de las causas secundarias, sea necesaria, libre o contingentemente»*. Veamos, pues, el ejemplo en la prueba de José. La causa primaria fue por decreto divino, para salvar de la hambruna al pueblo de Israel. Y en esta causa primera decretada, se incluye la causa secundaria, es decir, la entrega voluntaria de José por sus hermanos. ¿Dios lo tenía todo previsto? Sin lugar a dudas: **«Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien» (Gn. 50:20)**.

Hagamos un inciso para explicar que, en cuanto a la dirección de Dios sobre lo que ya está predestinado, hemos de saber que en cierto sentido el Espíritu Santo no determina si hemos de comer manzanas rojas o verdes, o si hemos de comprar un lapicero azul o marrón. En términos generales hay ciertos aspectos de la vida que no poseen unas consecuencias eternas, y si bien es Dios quien controla todo detalle, muchos no conllevan un carácter de predestino específico, y por ende carecen de importancia.

En definitiva, visto desde la voluntad especial de Dios, podemos admitir que el Eterno predestine, y en su tiempo construya un entorno social, familiar, profesional, eclesial, etc., que represente el camino preparado para cada creyente, teniendo en cuenta previamente, y desde la eternidad, el futuro grado de compromiso y obediencia a su voluntad general. Por eso cita Efesios 2:10, que incluso las buenas obras del cristiano están preparadas de antemano.

Por lo demás, si el creyente peca, o dicho de otro modo, «siembra para la carne», también el destino incluirá las consecuencias de su pecado, «segando corrupción», según cita Gálatas 6:8. De esta manera, la predestinación también determina los efectos de nuestro mal obrar, en la medida de cómo Dios los decreta. Pese a todo, la misericordia divina se muestra segura, y por ello las posibilidades de perdón y restauración espiritual, en los propósitos de Dios, permanecen del todo inalterables: **«Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta» (Is. 1:18).**

El destino y las bendiciones de nuestra fidelidad a Dios

Algunos podrían ver la postura planteada aquí como absolutamente fatalista, suponiendo que hemos de resignarnos estoicamente ante cualquier situación. Esta no es la idea. No solamente es lícito, sino que también necesario, cambiar los acontecimientos que favorezcan nuestra vida aquí en la tierra, y así no quebranten la ley de Dios. Estamos llamados a cambiar para bien nuestra vida, y a colaborar en lo posible para mejorar la vida de los demás. Pero, sabemos que esos cambios efectuados, en decisión propia o ajena, también estaban previstos por Dios, y por consiguiente ya los incluyó en su predestino. Sin duda alguna el Todopoderoso interviene con anterioridad planificando nuestra vida, para que todas nuestras decisiones contribuyan a su plan final. De lo contrario sería absurda la promesa bíblica para el cristiano fiel: **«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Ro. 8:28).**

Asimismo, el destino planificado por Dios incluirá las bendiciones de nuestra obediencia, pero también los resultados de nuestra desobediencia. La enseñanza no reside en que Dios tiene un plan para mí, y dicho plan fracasará si no lo cumplo, dado que entonces Él no lo puede aplicar. En ninguna manera los planes del Creador se frustrarán si no andamos conforme su voluntad. El Omnipresente no pierde el tiempo creando un destino que el hombre no va a poder cumplir, ni queda defraudado por la rebeldía humana. Las bendiciones condicionales de Dios están preparadas (en Cristo) para aquellos que las van a recibir, dependiendo del grado de disposición, consagración y buena voluntad, porque así le ha placido a Dios bendecirnos por los méritos de Cristo.

Notemos el espíritu bíblico, porque aun lo que hagamos de bien en la vida, sea mérito o buena obra, sea disposición u obediencia, no merece recompensa ni bendición alguna por parte del hombre. No necesitamos ahondar mucho en el problema del pecado, para ver que todas nuestras buenas obras son hechas en imperfección: **«Como trazo de inmundicia»**, cita el profeta, en Isaías 64:6. Ahora bien, a través de los méritos de Cristo, Dios mismo ha determinado por gracia recompensar la buena disposición del creyente. Como señala Mateo 10:42, ni un vaso de agua ofrecido en el nombre de Jesús, a uno de sus discípulos, carecerá de recompensa. Esta promesa en ningún caso es justicia, sino benevolencia divina.

Apreciemos el amor de Dios, porque el Padre celestial lleva a cabo sus planes teniendo en cuenta de antemano nuestras decisiones futuras, para así proporcionarnos un destino adecuado a éstas. Y en todo ello, naturalmente, se halla la absoluta gracia divina, de principio a fin. De manera que, las bendiciones de nuestra fidelidad a Dios (bendiciones fundamentalmente espirituales) y las consecuencias de nuestro pecado, bien sean temporales o eternas, están especialmente previstas por Dios. La Escritura así lo hace notar: **«Porque a los que antes conoció, también los predestinó...» (Ro. 8:29).**

Jonás desobedeció el mandamiento, y Dios lo sabía, por eso le predestinó un gran pez: **«Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás» (Jon. 1:7).** El destino para Jonás estaba conformado según la decisión que él tomaría, y que no sorprendió a Dios. Igualmente Sansón no tenía otro destino que la piedra de molino, preparada por Dios, porque sabía la errónea decisión que iba a tomar. De la misma manera fue planificado y profetizado el episodio de la traición de Jesús, las treinta monedas de plata, el campo y la horca donde se desarrolló el fatídico final de Judas Iscariote; fue éste un designio creado por el Eterno conforme a su voluntad permisiva, no así establecida, porque Dios no dispone lo malo, sino que más bien lo incluye en su destino como consecuencia propia.

En relación con el tema, el Antiguo Testamento contiene innumerables predicciones, escritas para momentos específicos y personas determinadas, y todas ellas se cumplieron sin excepción. A esto le llamamos la voluntad especial de Dios. Ejemplo claro lo encontramos en las cientos de profecías cumplidas acerca de la persona y obra de Jesucristo.

El reformador francés Jean Calvin, dijo: «*La voluntad de Dios es la causa primera y dueña de todas las cosas, porque nada se hace sin su mandato o permisión*». La voluntad de Dios decretada, vista desde el predestino histórico y personal, contiene un componente permisivo que incluye las consecuencias del pecado, que aun no conviniendo con los deseos originales de Dios, sí constituyen la puesta en marcha de un plan que respeta nuestras futuras decisiones. Decisiones previstas bajo su permiso y absoluto control. En efecto, la soberanía de Dios ha decretado su voluntad permisiva, pero al mismo tiempo su presciencia le permite también añadir los límites y las condiciones para que el mal no sobrepase los linderos establecidos, ni tampoco logren quebrar sus proyectos de eternidad; sino más bien para que en toda situación contribuyan al cumplimiento de éstos. En el caso del creyente fiel, que vive bajo la voluntad de Dios, también los males cooperarán en beneficio suyo.

El relato del rico y Lázaro, presentado por el Señor Jesucristo, resulta clarificador. Aunque en el evangelio se muestra a modo de parábola, hacemos bien en considerar su veracidad histórica: «***Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado***» (Lc. 16:25). Lázaro recibió males en la vida, y con toda seguridad éstos fueron dispuestos por Dios con antelación a su nacimiento. Había un propósito de orden eterno. De hecho el resultado final fue altamente revelador. Podía haber sido también un buen final para el rico, pero decidió voluntariamente no compartir sus bienes con Lázaro; y esta injusticia estaba prevista por Dios. Evidentemente el pecado del rico no fue en sí las riquezas, sino más bien el no querer compartirlas; seguramente pensaba que los bienes acumulados eran suyos y merecidos, y no providencia divina; y por ello tampoco creía en la Palabra de Dios, que además nos manda amar a nuestro prójimo en forma práctica. Tal insensibilidad hacia la necesidad ajena, evidenciaba su incredulidad hacia los mandamientos divinos, ya establecidos en el Antiguo Testamento: «***Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra***» (Dt. 15:11). Como resultado, el rico se condenó por no haber creído en la Revelación divina, esto es, su vida egoísta fue consecuente con su incredulidad. Lo que al parecer interesaba era vivir el presente lo mejor posible, sin importarle su estado en la eternidad. Dios lo sabía, y por eso lo predestinó bajo su propia responsabilidad, dándole una prueba difícil de superar, que es el amor al bienestar material: «***Raíz de todos los males es el amor al dinero***» (1 Ti. 6:10). Finalmente las riquezas fueron solamente una prueba para delimitar su grado de sufrimiento eterno, y para demostrar que el hombre es egoísta por naturaleza.

Alguien podría preguntarse: Entonces, aquel que es pobre, que padece necesidad, o que sufre injusticias en este mundo, ¿está destinado por Dios para tal propósito? Debemos afirmar la respuesta con un rotundo «sí». «***¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?***» (Lam. 3:37). Puede parecer confuso, pero en cualquiera de sus formas el sufrimiento contiene, en manos de Dios, una dimensión gloriosa y a la vez profundamente transformadora, para todo creyente fiel. Comprendamos bien que la pobreza o riqueza no suponen en sí mismo un bien o un mal; es algo temporal que el hombre administra para la eternidad. La carta de Santiago se muestra muy enfática al respecto: «***Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre***» (Stg. 2:4-6). Esta declaración en ningún caso enseña que la pobreza sea voluntad original de Dios, ni tampoco que hayamos de promover la holgazanería, o apoyar la injusticia social. En lo posible el cristiano ha de contribuir con el bienestar social, y así compartir sus bienes, mayormente con los que carecen de recursos para poder vivir. «***En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir***» (Hch. 20:35). La norma bíblica es que el rico comparta con el pobre, el que tiene con el que no tiene nada, y así haya igualdad social para todos. Bien recomendó el Señor Jesús: «***El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo***» (Lc. 3:11).

Dicho esto, no creamos en ningún modo que los valores eternos se construyen con dinero. Más rico fue Lázaro (riqueza espiritual) que el propio rico; y para tal estado contribuyó, paradójicamente, su pobreza material.

Queda claro en la Escritura que la vida del cristiano no está exenta de pruebas, y muchas de ellas en forma de grandes penalidades, como le ocurrió a Lázaro. Pero, todas las aflicciones, en manos de Dios, contienen siempre propósitos victoriosos. El teólogo y novelista CS. Lewis, resalta la excelencia de las pruebas diciendo: *«Las dificultades preparan a personas comunes para destinos extraordinarios»*. Pensemos, pues, en los destinos extraordinarios dispuestos por Dios para todos los cristianos; y no sólo los eternos, sino también los preparados para el presente en forma particular.

En fin, la pobreza, así como las demás injusticias humanas, son medidas con las que Dios prueba al hombre, que también al creyente, para determinar el estado de nuestra eternidad. Y ese futuro estado, corresponderá en aquel día sin fin con nuestras decisiones tomadas en el «hoy temporal», respecto a las pruebas destinadas, y conforme a la voluntad de Dios. El sabio predicador, analizando las injusticias de la vida, exponía la enseñanza: *«Es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe...» (Ec. 3:18)*.

Llegados a este punto, a continuación estableceremos la diferencia entre la voluntad de Dios general y la especial, utilizando como base un texto bíblico, en palabras del Señor Jesús.

TEXTO BÍBLICO DE REFERENCIA: Mateo 6:31-33

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mt. 6:33a). Esta parte del versículo expresa cuál es la voluntad general de Dios para todo creyente. Dicho mandamiento dado por el Señor Jesús, significa que los designios del soberano Dios han de ser motivo y propósito de nuestra existencia, por encima de todo lo demás, e inclusive de nuestras necesidades personales. Es oportuno preguntarnos si existen personas, metas, proyectos, o deseos, que en nuestro corazón se sobrepongan a la voluntad general de Dios. En este análisis, resultaría lógico aceptar que si no logramos ofrecer en todo el primer lugar a Dios y a su Palabra, no podemos esperar entonces que Él, pasando por alto nuestra indiferencia, responda con su bendición a todas nuestras necesidades vitales, según vemos en el contexto bíblico.

«Y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt. 6:33b). La segunda parte de este versículo -la promesa- es el resultado de la primera -el mandamiento-, esto es, de buscar el «reino de Dios» en primer lugar (su voluntad general). La expresión «todas estas cosas» se relaciona con las respuestas a las preguntas que formulábamos anteriormente (la voluntad de Dios especial), y que pertenecen a las necesidades de la vida cotidiana. En esto, el eminente teólogo holandés, L. Berkhof, parece discurrir con determinación: *«Debe decirse que constituye un concepto antibíblico de Dios, decir que Él no se ocupa ni puede ocuparse de los detalles de la vida, que no puede responder a la oración, que no puede ayudar en los apuros e intervenir milagrosamente a favor del hombre... La Biblia enseña que hasta los más pequeños detalles de la vida tienen lugar en el orden divino»*.

Para nuestra tranquilidad, las promesas bíblicas son incuestionables. Y estamos convencidos de que El Eterno suplirá, como así lo promete, lo que de antemano sabe que necesitamos (no lo que nosotros creemos necesitar).

En el sentido opuesto, también podemos intentar conseguir «todas estas cosas» por nuestra cuenta, antes que esperar en Dios y buscar su Reino en primer lugar. Pero, de ser así, «todas estas cosas», siendo muchas o pocas, a la verdad no irán acompañadas de la bendición especial de lo Alto. Recordemos que el cristiano fiel no vive por cuenta propia, sino por la de Dios. A veces ocurre que el creyente no busca la voluntad divina, sino que ésta se adapte a su propia voluntad, a sus propios deseos, alejándose así del mandato de Jesús: *«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Jn. 15:7)*.

No es conveniente buscar la aprobación celestial en decisiones que ya hemos tomado con antelación, máxime si éstas son erróneas. En tal caso, lo correcto es buscar la conformidad divina antes de tomar cualquier decisión que sea relevante. Santiago concluyó apropiadamente en su epístola: *«Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto y aquello» (Stg. 4:15)*.

«No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?» (Mt. 6:31). Aquí podemos seguir incluyendo todas las preguntas anteriormente citadas, más las preguntas que el lector desee añadir... Si en verdad estamos buscando primeramente el desempeño de la voluntad de Dios, habremos de confiar en el control minucioso que Él tiene sobre todas nuestras necesidades básicas. Y es, precisamente, nuestra plena confianza en sus promesas, la que nos permite habitar tranquilos, sin preocuparnos desmedidamente. **«Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos» (Mt. 10:31).**

En tanto nuestro corazón se disponga a cumplir con las enseñanzas generales de la Palabra de Dios, se añadirá en la vida diaria todo aquello que necesitamos particularmente. Solamente hemos de procurar poner en práctica la voluntad general de Dios (siempre con su ayuda), que bien se encargará Él de aplicar en nosotros su especial y perfecta voluntad.

«Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas» (Mt. 6:32). Comprendamos bien el conocimiento anticipado del Altísimo, ya que por lo general no nos va otorgar todas las cosas que creemos necesitar; sino, en todo caso, las que Él sabe que realmente necesitamos. Podemos afirmar que toda necesidad cubierta siempre guardará una estrecha relación con los planes celestiales; y tales planes, en su concepción original, poseen una marcada «perspectiva de eternidad». Hoy más que nunca, y descubriendo cómo se aceleran los tiempos del fin, nos sentimos motivados a contemplar la vida con unos anteojos de largo alcance: **«Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:2).** Al fin y al cabo el propósito más importante que debemos perseguir, es el estado final de nuestra eternidad con Cristo.

Uno de los problemas fundamentales de la esencia humana es «no saber esperar». Y como somos impacientes por naturaleza, a veces queremos adelantarnos a las previsiones divinas; y por ello algunos espíritus impulsivos no están dispuestos a esperar los tiempos ordenados por Dios, tomando por contra decisiones fuera de su voluntad. J.L. Packer, hablando sobre la providencia divina, apunta a este importante factor: *«Falta de disposición para esperar. "Espera en Jehová" es uno de los estribillos constante en los Salmos –consejo necesario porque frecuentemente Dios nos hace esperar–. Él no tiene tanto apuro como nosotros, y su modo de proceder es el de no darnos más de lo que necesitamos para el tiempo presente, o lo que necesitamos como guía para dar un paso a la vez. Cuando estemos en duda sigamos esperando en Jehová y no hagamos nada. Cuando sea necesario, la luz necesaria vendrá».*

Por otro lado, entendemos que el Padre celestial no cubrirá las necesidades de todos por igual, dado que sus proyectos son personalizados y por tanto diferentes para cada hijo suyo; y por ello resulta sensato pensar que a cada cuál le aplique una medida distinta.

Podemos notar que «todas estas cosas» (necesidades cubiertas en la vida) no son «finalidad» en sí mismas, sino los «medios» que Dios utiliza para llevar a cabo la misión encomendada en esta vida temporal, la cual, como hemos citado, contiene una acentuada proyección de eternidad.

Ante la pregunta de sus discípulos, **«Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (Jn. 4:34).** Nos preguntamos, ¿no debería de ser también nuestra mayor aspiración en la vida?

Teniendo en cuenta la propia libertad (valga la expresión), el creyente puede buscar en primer lugar, o no, el reino de Dios y su justicia; es una decisión personal. Decisión tan importante marcará la diferencia entre vivir dentro o fuera de su voluntad. Consideremos aquí la determinación de Moisés: **«Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado» (He. 11:25).** Al igual que hizo este gran héroe de la fe, también en el momento preciso habremos de elegir; la disposición para el servicio es realmente voluntaria. Sobre el tema, no fue diferente la enseñanza de nuestro Maestro: **«Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc. 9:23).** **«El que quiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Jn. 7:17).** Subráyese de estos versículos la palabra «quiere»: el que quiere, si alguno quiere... Así es, Dios no impone sus mandamientos, ni obliga a nadie que no desee

obedecerlos; por el contrario, respeta las decisiones tomadas en el presente. El llamamiento antiguo del Señor para con su pueblo fue en todo similar: **«Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn. 5:40).**

Parafraseando la frase conocida del poeta, podríamos decir: *«Querer o no querer, esa es la cuestión»*. Como cualquier decisión en la vida, «querer» o «no querer» constituye una prueba de amor hacia Dios. Todo aquel que «no quiera», aun siendo cristiano, habrá de atenerse a las consecuencias; consecuencias que incluirá, entre otras cosas, el cargar con una vida espiritualmente fracasada. En cambio, en la medida que el creyente se disponga a cumplir con la voluntad general de Dios, tendrá entonces garantizada las bendiciones de los proyectos divinos en forma particular (voluntad especial).

Ahora bien, cumplir con los planes divinos no representa para el hombre vivir en estado de perfección, o impecabilidad absoluta. Desgraciadamente el cristiano todavía queda sujeto a la influencia de su naturaleza caída. Por lo tanto, la idea central, en este asunto, va siempre encaminada hacia disponer nuestra voluntad en dirección a la de Dios. El que es Omnisciente ve la intención del corazón y no tanto la actividad en sí. Somos y seremos insuficientes para hacer nada aceptable para Dios; razón sobrada para depender constantemente de la gracia y el poder de nuestro Señor.

En esto, como en todo, el favor de Dios en el creyente se muestra de forma completa, porque tampoco merecemos que Él responda con su rica bendición a nuestra obediencia, por muy fiel que ésta se manifieste. Si merecemos algo, es el castigo por nuestros pecados. A saber, la remuneración a nuestro buen obrar es posible porque así le ha placido a Dios en su benevolencia, y determinado solamente por gracia: **«Y si por gracia, ya no es por obras» (Ro. 11:6).**

Visto lo visto, no impacientemos el alma buscando cuál sea la especial voluntad de Dios en todos los temas que atañen a la vida cotidiana (no os afanéis). Nuestra preocupación debe ser, fundamentalmente, la de «buscar el reino de Dios y su justicia». Al tiempo determinado el Buen Pastor añadirá todas las demás cosas, o dicho de otro modo, cumplirá con su voluntad específica, tanto en nuestra vida general, como en nuestras circunstancias personales.

¿POR QUÉ CUMPLIR CON LA VOLUNTAD DE DIOS?

La respuesta sería tan sencilla como decir que Dios es soberano, y por lo tanto el que manda. No ignorando esta importante enseñanza, también como Padre bondadoso desea lo mejor para sus hijos, y por ello sus mandamientos son benévolos, conllevando siempre resultados positivos para el ser humano, mayormente para aquellos que son receptores del amor divino. De igual forma también es una concesión que el Padre ha otorgado a sus hijos, para que seamos eficaces colaboradores en sus proyectos divinos. **«Porque nosotros somos colaboradores de Dios» (1 Co. 3:9)**, citó el mismo apóstol Pablo.

Aquí hemos de precisar bien, porque para desempeñar los designios del Creador es necesario mantener unas motivaciones correctas. Toda decisión tiene su razón de ser. De modo que, las «motivaciones del corazón» son las que dispondrán nuestra vida a favor o en contra de la buena voluntad de Dios.

Por lo general no hemos de obedecer a Dios para..., sino principalmente por... No para alcanzar la salvación, desde luego, ni tampoco para ser merecedores del favor celestial. Si alguno piensa que es merecedor de algo, aun cumpliendo con los planes divinos, no piensa bien. El Padre sólo tiene su complacencia en el Hijo, según Marcos 1:11, y por ello todas sus bendiciones son aplicadas a través de Cristo (sobre la base de su obra en la Cruz).

Disposición a cumplir con los designios de Dios

Por agradecimiento

Los cristianos somos poseedores de la preciosa verdad del Evangelio. Y estamos tan agradecidos a Dios por su gracia, amor, y por todos los beneficios de su salvación, que no parece existir otra opción razonable que no sea la de buscar el cumplimiento de su voluntad.

Agradecemos al Señor por tantos beneficios materiales y espirituales, que no sólo hemos de hacerlo con nuestros labios, sino también con nuestras obras. ¡Hay tantos motivos por los cuales agradecer a nuestro Padre Dios! **«Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios» (1 Te. 5:18).**

Porque glorifica a Dios

Los planes celestiales, aun siendo eternos, han de llevarse a cabo en este mundo temporal. Dichos planes contienen un objetivo sublime, el de adorar y glorificar a nuestro Padre celestial. **«Glorificad, pues, a Dios» (1 Co. 6:20).** Glorificamos al Señor por lo que Él es, principalmente en sus atribuciones divinas, y también por lo que ha hecho, hace, y hará en nuestras vidas. Alabar y enaltecer el nombre de Dios, en la obra de Jesucristo, es el motor que debe impulsar nuestra boca, nuestros corazones, así como nuestros hechos... Buscar la voluntad de Dios, por consiguiente, en ninguna forma ha de repercutir en la glorificación personal, pues **«a Él sea la gloria por los siglos» (Ro. 11:36).**

Porque no nos pertenecemos

El creyente verdadero ha sido comprado por Dios, y legalmente no es propietario de su vida. Ha sido rescatado de la esclavitud del pecado, y también de un terrible destino final: el infierno. **«Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Co. 6:19,20).** Luego, si fuimos comprados, es porque alguien pagó el precio. La muerte de su querido Hijo, Jesucristo, es el precio que el Padre pagó para poder redimirnos; motivo suficiente para sentirnos deudores. Gracias a la muerte de Cristo (y a su resurrección) muchos pecadores han sido rescatados, que no es poca cosa.

Verdad es, los cristianos recibimos en forma gratuita la salvación, pero ¡cuán grande fue el costo que Dios pagó por ella...! De manera que somos suyos, le pertenecemos. Y, por tan hermosa dicha, nuestra responsabilidad como cristianos es administrar, con diligencia y buena voluntad, los deseos de nuestro Señor, o mejor dicho, de nuestro Dueño.

Porque es para nuestro bien

«Y sabemos que a los que aman a Dios (la motivación correcta), todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28). En la conversión, el pecador convertido en cristiano ha recibido el gran amor de Dios, el cuál le habilita adecuadamente para poder amarle. Como resultado, todo lo que acontece en su vida, previa condición (amar a Dios), va a colaborar para su bien. Un bien en el hoy terrenal: **«todo lo que hará prosperará» (Sal. 1:3)**, y lo más relevante, un bien eterno: **«entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25:21).** Definitivamente, no hay nada en este mundo que traiga tanta satisfacción al alma humana, que vivir conforme a la voluntad de Dios, pues ello aporta vida y vida en abundancia. Es lo que prometió el Señor Jesús: **«Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn. 10:10).**

Porque posee una proyección eterna

Nos preguntamos, con todo el sentido común, ¿qué importancia conlleva el vivir 80-90 años en este mundo lleno de sinsabores, si lo comparamos con toda una eternidad repleta de satisfacciones? **«Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece» (Stg. 4:14).** Hacemos bien si valoramos nuestra existencia terrenal en relación con la eternidad que nos espera. Vivir el hoy con sentido del mañana, es buena medida para no desviar el significado de nuestro paso por este mundo.

Comprobemos, pues, nuestro caminar diario, porque es la medida de nuestro sometimiento a la voluntad de Dios, la que marcará nuestro destino final. El estado en la eternidad, traducido en grado de satisfacción, categoría celestial, funciones celestiales, así como nuestra cercanía con Jesús y participación de su gloria, va a depender, con todo, de nuestra labor en este mundo; o mejor dicho, de la labor que Dios haga a través nuestro, porque en todas las cosas habrá de acompañarnos su gran poder e inagotable gracia.

A tenor de lo comentado, no parece lógico el preocuparse demasiado (afanarse) por los avatares de la vida cotidiana, ya sea empleo, posición económica, estabilidad familiar, enfermedad o salud... Todo ello es como nada si lo contemplamos con los ojos del futuro. Esta fue la experiencia del apóstol Pablo: **«Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18)**. Con esta visión expectante camina el cristiano fiel, convencido de que la promesa del Señor no tardará mucho en hacerse realidad: **«He aquí, vengo pronto, y mi galardón conmigo» (Ap. 22:12)**.

CAPÍTULO II

REQUISITOS DE LA VOLUNTAD DE DIOS

¿Cómo saber si la buena y agradable voluntad de Dios se cumple en nosotros? para de tal manera estar seguros de que Dios mismo cumplirá su especial propósito en nosotros... A continuación se indican algunas pautas generales.

Tendremos en cuenta principalmente nuestra relación con Dios: entrega y buena disposición. En segundo lugar, nuestra relación con el entorno: las personas y las circunstancias. Y, finalmente, nuestra relación interior (con nosotros mismos): sentimientos y convicciones.

LA RELACIÓN CON DIOS

Recuperar la comunión entre Dios y el ser humano, que fue rota en el huerto del Edén, es uno de los grandes objetivos que encontramos en sus planes eternos.

Y para que el cristiano pueda gozar de esta comunión en forma permanente, se han de dar tres requisitos elementales: entrega incondicional, conocimiento de la Biblia, y la práctica de la oración.

Una verdadera disposición de entrega a Dios

Resulta lógico pensar que si Dios es nuestro Padre, hemos de mantener a la vez una correcta relación con Él. Ello se alcanza principalmente cuando el cristiano entrega su vida a Dios. No me refiero aquí a la experiencia de la «salvación», sino de la «santificación». La primera constituye sólo un instante, la segunda requiere de toda una vida.

Rendir nuestra voluntad a la de Cristo, es el primer paso. De manera que no podemos esperar respuestas del Cielo, si todavía no le hemos entregado toda nuestra vida a Aquel que nos ha salvado. Así dice el Señor: **«Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos» (Pr. 23:2).**

Para aquel lector que habiendo examinado su vida, así lo considere necesario, puede renovar sus votos realizando una oración de entrega a Dios, implorándole: *¡Señor! aquí estoy, en tu presencia, reconociendo que mi vida sin tu dirección no tiene sentido. Te pido perdón por mi falta de entrega y disposición en cumplir tu voluntad. Te entrego mi corazón, mi vida y circunstancias, depositándolo todo por fe en tus poderosas manos. Hoy tomo la firme decisión de aceptar tu voluntad. Enséñame el camino y guíame para poder cumplir con tus propósitos. Pongo toda mi confianza en ti y en las promesas de tu Palabra. ¡En el nombre de Jesús!*

Veamos seguidamente algunas condiciones –indicaciones bíblicas– que nos ayudarán a saber si verdaderamente hemos entregado nuestra vida a Dios, y como resultado andamos en armonía con los designios divinos.

En actitud no egocéntrica. Una entrega desprendida de todo egoísmo.

La voluntad de Dios no se dirige esencialmente a satisfacer las necesidades particulares. **«Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Stg. 4:3)**. Los planes divinos no deben enfocarse principalmente en los intereses del yo individual, sean estos personales, profesionales, familiares, e inclusive eclesiales. En lo que a propósito de vida se refiere, los «yo» «me» «mi» han de permanecer desterrados del corazón. San Agustín declaró en su oración a Dios: **«De sobre todas las cosas que me has de librar, líbrame de mí mismo»**. La enseñanza se hace notoria, pues el yo-ísmo es enemigo acérrimo de la voluntad de Dios. **«Ya no vivo yo» (Gá. 2:20)**, afirmaba el apóstol Pablo en actitud de sincero desprendimiento personal.

La disposición del creyente para seguir los designios del Cielo no ha de ser ego-céntrica, sino teo-céntrica (pone su énfasis en Theos = Dios), por eso se le llama la voluntad de... Dios. Esto no quiere decir que anulemos nuestra personalidad, ni que tal decisión contemple el auto desprecio de nuestro ser. La idea reside esencialmente en la intencionalidad, esto es, en los objetivos básicos de nuestra vida, en la motivación de las acciones. ¿Para quién vivimos, y con qué propósito lo hacemos?

El modelo es Jesucristo, y su ejemplo aleccionador para poder seguirlo: **«Pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mr. 26:39)**. No fue fácil para Jesús beber la copa amarga del juicio a causa de nuestros pecados, pero... era la voluntad de Dios.

En sinceridad. La entrega del corazón ha de ser sincera.

La decisión tomada en espíritu de entrega, en ningún modo debe ser hecha superficialmente. A veces el creyente puede albergar cierto deseo de servir al Señor, pero al tiempo los intereses del corazón se dirigen hacia otros lugares que, en verdad, se sitúan fuera del propósito divino. El requisito bíblico es: **«Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jer. 29:13)**. En cualquier caso la doble intención no es válida para el Omnipresente, pues **«no podéis servir a dos señores» (Mateo 6:24)**.

Algunos pueden presumir de vivir para Dios, pero en realidad lo hacen para ellos mismos, y así es como se auto engañan. El Señor recriminó al pueblo antiguo por su hipocresía: **«Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Is. 29:13)**. Parece lógico pensar, que lo que el cristiano exprese con los labios, ha de mantenerse acorde con la intención de su corazón; y con mayor razón si se trata de nuestra relación con Dios.

En obediencia. Una entrega en actitud de obediencia.

Si somos sinceros con nuestro Creador, deseando además cumplir con su voluntad, lograremos desarrollar una actitud de obediencia a su Palabra. Fue la recomendación del profeta Samuel al rey Saúl: **«Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios» (1 S. 15:22)**. Aunque, observemos también el sentido inverso, porque si nuestro corazón se resiste a obedecer a los mandatos de Dios, entonces, ¿para qué queremos conocer su voluntad especial? La recomendación de Cristo es notablemente práctica: **«Si sabéis estas cosas bienaventurados seréis si las hicieréis» (Jn. 13:17)**.

Es cierto que la obediencia absoluta no existe, dado que el creyente habita todavía en naturaleza pecadora, y por ende la perfección en esta tierra es inalcanzable. Pese a tal incapacidad, comprendamos bien que ha de haber en todo una verdadera disposición a la obediencia. **«Mi corazón incliné a cumplir tus mandamientos» (Sal. 119:12)**, concluyó el salmista. Tal vez en la práctica vamos a fallar muchas veces, pero no obstante el corazón, visto como el motor de nuestras acciones, ha de estar siempre abierto y disponible para servir a Dios.

Aquí surge la pregunta: ¿Qué ocurre si pecamos una y otra vez...? La respuesta divina resulta inequívoca: **«No dejará para siempre caído al justo» (Sal. 55:22)**. Lo importante en este asunto es «no permanecer caído». En la medida que el cristiano crece espiritualmente, también decrece su natural inclinación hacia el mal. Para nuestra restauración espiritual, la fórmula es del todo bíblica: **«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9)**.

Si bien la entrega del alma humana al Dios santo no hace al hombre impecable, resulta imprescindible una disposición interior para obedecer su Palabra. Si caemos, nos levantamos confesando todo pecado (Dios nos levanta) y, confiando en el texto bíblico leído, hemos de proseguir el camino.

Nos preguntamos si estamos abiertos a escuchar la voz de nuestro Padre celestial, y en consecuencia a obedecerla... Visto el requisito sagrado, resulta una presunción fuera de lugar, pretender que Dios aplique sus ricas bendiciones en nuestra vida, sin poseer primero una verdadera actitud de obediencia. ¡Que nadie viva tal contradicción!

En santidad. Una entrega demostrada en santidad.

El pecado rompe la comunión del hombre con el Creador, e impide la buena relación con Él. Por ello, la actitud de obediencia se evidenciará en una vida apartada de aquello que no agrada al Señor. Tal disposición llevará al cristiano de forma natural a rechazar el pecado, y de esta manera a crecer en santidad. No fue otro el pensamiento de Dios, ya planificado en la eternidad para todos sus hijos: **«Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él» (Ef. 1:4)**.

La condición bíblica para ser receptores de la dirección divina, resulta concluyente: **«No os conforméis a este siglo... para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Ro. 12:2)**. Si queremos comprobar –no solamente saber– la agradable y perfecta voluntad de Dios en nuestra vida personal, entonces haremos bien en no conformarnos (formarnos con) a los valores de esta sociedad, ciertamente corrompida por el pecado.

Un cristiano, hijo de Dios, no puede vivir como un incrédulo, hijo del mundo. **«No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo» (1 Jn. 2:15)**. A saber, no es compatible el tener un corazón entregado al Señor, y en paralelo una vida de libertinaje espiritual adaptada a los valores de una sociedad grandemente corrompida. **«Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Stg. 4:4)**. Según la indicación bíblica, si algún cristiano desea apegarse a las cosas terrenales, al mismo tiempo se estará constituyendo enemigo de Dios. Y de ser así, como es natural, no podemos pensar que el Señor justo vaya a conceder nuestros deseos, cuando realmente éstos se sitúan fuera de su voluntad general.

Así expone la Revelación bíblica: **«La voluntad de Dios es vuestra santificación» (1 Ts. 4:3)**. La santificación es sinónimo de crecimiento espiritual, desarrollo personal, madurez, superación, progreso, perfeccionamiento... Sin embargo, este proceso en ningún caso proviene de nuestra capacidad personal, sino del poder Dios. **«Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca» (1 P. 5:10)**. Porque, en la medida que nos vamos despojando del pecado, a la vez vamos creciendo en santidad. La enseñanza se halla aquí en proseguir adelante, pero no por nuestra cuenta, sino estrechamente vinculados a la intervención del Espíritu Santo, pues sólo Él es santo y el que santifica: **«Que el mismo Dios de paz os santifique por completo» (1 Ts. 5:23)**.

En este aspecto, la santidad en ningún modo reprime la libertad de la persona, sino que la encamina para disfrutar de la vida con mayor intensidad, con excelencia, y en su perspectiva correcta. También nos ayuda a contemplar el sufrimiento con mayor serenidad y verdadero sentido de eternidad.

Recapitemos con perspectiva bíblica, porque si nuestro corazón no se dispone a vivir en santidad, tampoco esperemos que la *gracia especial* de Dios ampare nuestra vida. **«Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (He. 12:14)**.

En humildad. Una entrega en actitud de humildad.

Aun viviendo en santidad, y con la disposición de rechazar el pecado, no creamos que somos mejores que los demás. El orgullo religioso frena la intervención del Espíritu para recibir cualquier bendición celestial. Nuestra dignidad está en Jesucristo, no en nosotros. Y no podemos ir a Dios con reivindicaciones o exigencias, porque no tenemos derecho, dado que no merecemos nada bueno. Es solamente por la obra perfecta de Cristo, que a nuestro Hacedor le place santificarnos y capacitarnos para poder vivir bajo su buena voluntad. Somos y siempre seremos insuficientes para tan sublime tarea. **«Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2 Co. 2:16).**

Nuestra imperfección es grande; razón sobrada para mantener una constante apertura de mente, como también de corazón, a las directrices divinas. Así reza la Escritura: **«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos» (Is. 55:8).** Albergando buena disposición de corazón, hemos de saber que tal vez podemos estar equivocados en muchos de nuestros pensamientos. Hacemos bien, por tanto, en dejar la terquedad de pensamiento, los absolutos en cuestiones relativas, el dogmatismo de las formas doctrinales, y los triunfalismos personales o eclesiales. Reconocer nuestras limitaciones humanas, es el primer paso que abre las puertas a la intervención del Cielo. **«Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde. Mas al altivo mira de lejos» (Sal. 138:6).** Siendo el creyente incapaz de realizar el proyecto de Dios por sí mismo, necesita incuestionablemente depender de la acción mediadora del Espíritu Santo. Una actitud de humildad, pues, nos llevará a recibir de Dios la guía necesaria para marchar con pie seguro. Y con tal actitud, habremos de confiar que el Buen Pastor nos mostrará el camino. El texto bíblico es clarificador por sí mismo: **«Encaminaré a los humildes por el juicio, y enseñaré a los mansos su carrera» (Sal. 25:9).**

En confianza. Una entrega hecha con toda confianza.

«Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan» (He. 11:6). La fe es la medida de todas las cosas en la vida cristiana. Y la voluntad de Dios demanda que nuestra vida se rija por fe y no tanto por vista, que tampoco por sentimientos: **«Por fe y para fe» (Ro. 1:17).**

En el proceso histórico de la salvación, expresado en el Antiguo Testamento, se cumplieron todas y cada una de las profecías mencionadas. **«No faltó ni una palabra de las buenas promesas que el Señor había hecho a la casa de Israel; todas se cumplieron» (Jos. 21:45).** Dios es fiel, y todas sus promesas se cumplen en Cristo. De hecho, encontramos un sinfín de promesas en la Escritura que forman parte de la voluntad de Dios para sus hijos; por eso hemos de conocerlas, recibirlas, y confiar en ellas; son los dichos certeros del Todopoderoso. **«Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2 Co. 1:20).**

Si bien es cierto lo mencionado, en este punto hemos de guardar suma prudencia, porque en la Escritura hallamos promesas que fueron específicas o temporales, para personas y momentos históricos... Pero, en sentido presente, agradecidos estamos a Dios, porque no son pocas las promesas bíblicas que todavía prevalecen en nuestros días, aplicables para todos los cristianos. En cualquier caso, solamente hay que comparar la promesa leída con la enseñanza general de toda la Escritura, en materia de doctrina, para saber si la promesa sigue vigente o no.

Hacemos bien en revisar nuestros pasos, porque si hasta aquí concluimos que efectivamente nos hemos entregado a Dios, en decisión no egocéntrica, sincera, obediente, santa, humilde... habremos entonces de confiar en sus promesas establecidas. Promesas que hablan de la providencia divina; del cuidado, la guía, y la protección de Dios para todo

cristiano fiel. Por ejemplo, si algún creyente, con buena disposición se pregunta: «*No sé qué camino escoger en esta situación que se me presenta. ¿Me enseñará Dios a tomar la decisión correcta?*» No hay lugar para las dudas; así cita el texto sagrado: «***Te enseñaré el camino en que debes andar***» (Sal. 32:8). Aunque en el contexto bíblico Dios se estaba dirigiendo al rey David, el espíritu de la promesa es aplicable perfectamente para nuestros días, puesto que no transgrede la llamada «analogía bíblica» (el conjunto de textos que hablan de la enseñanza o doctrina en cuestión, tanto del AT como del NT).

Con la misma determinación el libro de Los Proverbios nos invita a confiar plenamente en Dios: «***Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes sobre tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas***» (Pr. 3:5,6). Podríamos destacar aquí infinidad de promesas bíblicas especialmente diseñadas por Dios para sus hijos queridos (agenda de trabajo para el lector).

Aceptadas las condiciones de entrega, alguno todavía se podría preguntar: ¿Cómo sé cuál es la voluntad de Dios en este u otro especial asunto? La respuesta se determina bajo otra pregunta: ¿Te has entregado verdaderamente a Él?

La Palabra de Dios

Relativo a la voluntad general de Dios

Una vez el creyente ha rendido su alma al Creador, confiando en sus promesas fieles, habrá de mantener en forma permanente dicha entrega, lo cual requiere una buena dosis de «perseverancia». Por tal razón, día a día los cristianos hemos de conocer mejor a Dios y su voluntad general. Y ésta, como bien sabemos, se halla impresa en la Palabra escrita: la Biblia. Es pues, la voluntad de Dios, que la leamos, meditemos y estudiemos, en actitud de obediencia. En la medida que conozcamos su Palabra, también conoceremos mejor el plan general de Dios para nuestra vida.

El conocimiento de la Sagrada Escritura nos permite descubrir los propósitos insondables de nuestro Creador. Éstos contienen además enseñanzas universales que todo creyente en Cristo habrá de conocer. Muchas de ellas son de carácter práctico, y relativas a nuestra relación con Dios, con la iglesia, con la familia, con la sociedad, con nosotros mismos, y demás pormenores de la vida cotidiana. Para tal finalidad, existen multitud de normas, enseñanzas e instrucciones, registradas en la Biblia (el Manual escrito de la voluntad divina) como testimonio de los deseos del Padre celestial para todos sus hijos. Ella nos ofrece luz y guía para andar por camino recto: «***Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino***» (Sal. 119:105).

Las Santas Escrituras hablan de Jesucristo, es el tema central en todas sus páginas: «***Ellas son las que dan testimonio de mí***» (Jn. 5:39), afirmó nuestro Salvador. Por consiguiente, conocer a Jesucristo como el Salvador y además seguirle como Maestro, forma parte de la voluntad de Dios general para todo cristiano.

Distingamos con claridad, porque en la medida que disponemos nuestro corazón a conocer la Palabra, y también a obedecerla, estaremos abriendo una puerta grande a las bendiciones de la providencia divina.

Nos preguntamos aquí por la relación que tenemos con la infalible Palabra de Dios. ¿La leemos, meditamos y estudiamos con regularidad? ¿Mantenemos cada día un tiempo devocional, valorando el tesoro que el Cielo nos ha proporcionado?

Relativo a la voluntad especial de Dios

La Biblia es herramienta central donde habremos de buscar las respuestas de parte de Dios. Es decir, cuando no sabemos bien por dónde dirigir nuestros pasos, o bien son confusas las direcciones, buscaremos entonces la guía en los principios generales de la Santa Escritura, que bien nos iluminarán el camino en asuntos personales. En esta búsqueda, en ocasiones hallaremos versículos, pasajes especiales, o ejemplos de personajes bíblicos, que se destacarán por sí solos llamando nuestra atención, de tal manera que serán como destellos celestiales que iluminan toda sombra de oscuridad en el camino.

No obstante lo dicho, insistimos en la enseñanza del apartado anterior; que si bien es cierto que el Espíritu puede utilizar cualquier porción bíblica para hablarnos, como norma general hemos de respetar y no torcer la correcta interpretación bíblica... Siguiendo este orden, entendamos que nuestras decisiones han de coincidir primero con la voluntad general de Dios, es decir, con el espíritu de toda la Escritura. En contra de lo que algunos practican, no es recomendable el método de escoger textos bíblicos al azar con el objeto de buscar respuestas específicas sobre la voluntad de Dios; la experiencia ha demostrado su ineficacia. Por lo general no podemos fiarnos demasiado de lo que nos dice un solo versículo, texto o pasaje, para dar respuesta segura a nuestras dudas. Evidentemente Dios mostrará su voluntad y utilizará su Palabra, en esta forma especial, en el momento que así lo estime adecuado; pero sepamos que no es una regla fija que todo cristiano haya de seguir.

Analicemos nuestro devenir cristiano, para saber si nuestro obrar, circunstancias, decisiones, etc., se avienen a las reglas fundamentales de la doctrina bíblica. Si en este análisis, nos damos cuenta de que caminamos en dirección opuesta, no tendremos más remedio que volver al camino recto, y comenzar a disponer nuestro corazón en la dirección adecuada. **«El hombre entendido endereza sus pasos» (Pr. 15:21).**

En muchos casos la enseñanza general de la Biblia es bastante precisa, y nos indica si debemos o no tomar la decisión que nos planteamos. Por ejemplo, si alguien se pregunta: *¿He de casarme con una persona no creyente?* En este caso la Escritura es suficientemente clara: **«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos...» (2 Co. 6:14).** Cabe añadir otro ejemplo. A causa de diversos desengaños, algunos creyentes rechazan el tener relación con otros hermanos en la fe, arguyendo en tal caso que Dios les comprende... ¿Cuál es la voluntad de Dios en esta situación? Una vez más la respuesta resulta concluyente: **«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre» (He. 10:25).**

Con independencia de cual fuere la situación, la enseñanza de la Escritura, vista en su conjunto (analogía bíblica ya mencionada), contiene suficiente luz para ayudarnos a tomar decisiones. Dicha luz será más clara y precisa en la medida que conozcamos más ampliamente la totalidad del contenido bíblico. Con esta condición, la Palabra también reafirmará nuestro camino en tanto no encontremos la voz de Dios hablándonos en contra.

La oración

Junto con la lectura y la meditación bíblica, también resulta una condición vital el conservar nuestra entrega a Dios por medio de la oración. La *comunicación* es elemento básico en las relaciones personales, por lo que para mantener una buena relación con Dios, inevitablemente habremos de comunicarnos con Él. **«Mas la oración de los rectos es su gozo» (Pr. 15: 8).**

En la oración sometemos nuestra voluntad a la voluntad del Padre; por ello hemos de permanecer comunicados con Aquel que por naturaleza es omnipresente. **«Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones» (1 P. 3:12).**

Para que nuestros caminos se avengan a los designios del Creador, hacemos bien en poner todas nuestras decisiones en sus poderosas manos. No se trata de orar muchas veces al día, sino de conservar en todo momento un espíritu de oración; teniendo muy en cuenta la presencia del Señor y su aprobación en todas nuestras decisiones futuras: **«Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas» (Pr. 3:6).** Con gran determinación el salmista pedía a Dios en oración: **«Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios» (Sal. 143:10).**

En contra de lo que algunos piensan, la oración no es una fórmula mágica con la cual conseguimos cosas de Dios. La oración, principalmente, es el espíritu mismo de nuestra devoción a Dios. Por lo cual, cuando oramos, entramos en el santuario divino, buscando la comunión con nuestro Hacedor, para de forma reverente conversar con Él. Y, en nuestra conversación, primero le adoramos y agradecemos por sus beneficios. Después, dejamos en sus manos todo asunto, descansando en Él y dependiendo de su poderosa intervención;

sabiendo que todas las peticiones, de acuerdo con su voluntad, serán concedidas. **«Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn. 14:13)**. Aceptemos de buen grado el consejo bíblico, porque el creyente necesita buscar la dirección de Dios, y su aprobación en todas las cosas.

¿Puede un hijo de Dios tomar decisiones importantes sin consultarlas con su Padre? De ser así, en ninguna manera esperemos que Dios responda a las preguntas planteadas. En la Biblia encontramos el siguiente caso: **«Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos» (2 Cr. 16:12)**. Dos años después, el rey murió... De igual forma ocurrió con el rey Saúl: **«Saúl no consultó a Jehová; por esta causa lo mató» (1 Cr. 10: 14)**. El profeta Sofonías habló por boca de Dios recriminando a su pueblo: **«Y a los que se apartan de en pos de Jehová, y a los que no buscaron a Jehová, ni le consultaron» (Sof. 1:6)**. Recibamos el consejo, y no dejemos de consultar todas nuestras cosas al Señor, y buscar en ellas el beneplácito de Aquel que todo lo sabe y todo lo puede, máxime cuando el camino es confuso. De esta manera lograremos depender de Dios, así como un niño depende de su padre: **«Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 P. 5:7)**.

¿Qué, y cómo hemos de pedir? A veces no sabemos lo que realmente nos conviene, ni sabemos pedirlo adecuadamente; pero según Romanos 8:26, el Espíritu nos ayuda en nuestras deficiencias personales, e intercede por nosotros. Debido, precisamente, a nuestra limitación humana, necesitamos dar el control a Dios de nuestros labios así como de nuestros corazones; y todo ello para no pedir mal, porque en nuestras oraciones a veces se encuentran peticiones de índole egoísta, «para gastar en vuestros deleites», cita Santiago en su carta.

Es oportuno recordar que todas las peticiones respecto a nuestras necesidades, habrán de ajustarse en cualquier caso a la voluntad general de Dios ya preestablecida. En primer término, toda petición o decisión, no puede contradecir las enseñanzas que Dios mismo ha revelado en su Palabra. No es otra la afirmación bíblica: **«Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Jn. 5:14-16)**.

En resumidas cuentas, el buen Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, y desea guiarnos en el camino. Y su expreso deseo, en esta relación paterno-filial, es que sus hijos se comuniquen con Él y se deleiten en su presencia, sea para adorarle, agradecerle, pedirle, consultarle, etc. **«Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará» (Sal. 37:4,5)**.

Nos preguntamos si estamos poniendo cada día en manos del Señor nuestras dudas, proyectos, deseos, inquietudes... ¿Buscamos en oración la aprobación divina en todas las cosas, por muy insignificantes que parezcan? Si la respuesta es negativa, no pretendamos entonces que Dios responda a todas las preguntas, referentes a nuestro presente o futuro incierto.

LA RELACIÓN CON EL ENTORNO

Hasta aquí hemos visto que, para vivir conforme a los designios divinos, hemos de iniciar una buena relación con el Padre celestial, entregando nuestro corazón a Él, y manteniendo esa entrega a través de la lectura de la Palabra y la práctica de la oración. Si, pues, conservamos una buena relación con Dios, podemos estar seguros, al mismo tiempo, de que también conservaremos una buena relación con nuestro entorno.

Concerniente a la voluntad general de Dios

En esta línea de pensamiento que estamos trazando, admitimos que Dios aplica sus fieles promesas concernientes a nuestra vida particular (promesas condicionales), teniendo presente el cumplimiento, por nuestra parte, de su voluntad general. Y ésta contempla, además de una correcta relación con Dios, también la necesaria relación con el entorno. Por ello, es labor nuestra examinar la interrelación que mantenemos con aquello que nos rodea, bien sean personas o circunstancias.

Relación con la iglesia

La Iglesia es un proyecto del Cielo que Dios utiliza para aplicar su voluntad, y en ninguna manera podemos desecharla. Hagamos aquí un análisis de conciencia: ¿Estoy sirviendo al prójimo como si lo hiciera al Señor Jesús? ¿Pongo mis dones a disposición de la iglesia? ¿Busco la comunión espiritual con otros cristianos? ¿Me preocupo por los problemas de los demás, e intento serles de ayuda? ¿Recibo con solicitud y humildad los consejos de mis hermanos en la fe? ¿Estoy mostrando de una manera u otra que amo a Dios y en consecuencia a los que me rodean? ¿Asisto a las personas nuevas en la iglesia, y colaboro para su integración?

Si estamos fallando en cuanto a lo mencionado, ¿no resulta, por tanto, una presunción querer conocer los planes divinos en el área de las necesidades particulares? Cabría más bien primero revisar nuestro camino, para comprobar si en estos aspectos, como en otros, nuestra voluntad armoniza con la de Dios. De lo contrario, se hará necesario reconducir nuestro rumbo espiritual en forma adecuada. **«El sabio teme y se aparta del mal» (Pr. 14:16).**

Relación con la familia

Seguimos preguntándonos: ¿Mantenemos con regularidad reuniones familiares donde la Palabra y la oración estén presentes? O bien le damos paso a la televisión, Internet, redes sociales, o entretenimientos que no edifican, relegando la Palabra a un segundo plano... Acerca del matrimonio: ¿Hacia dónde giran nuestras conversaciones u objetivos familiares? ¿en torno sólo a preocupaciones terrenales...? Acerca de nuestros hijos: ¿Educamos desde el hogar a nuestros hijos en el temor de Dios? ¿Les enseñamos la Palabra desde su tierna infancia, y los encaminamos en los propósitos divinos? O tal vez nos desentendemos, dejando que las nuevas tecnologías o demás influencias terrenales se encarguen de su educación...

Relación con vecinos, compañeros de estudio o trabajo

¿Tenemos cuidado de dar buen testimonio delante del mundo? O, más bien nos adaptamos cómodamente a los valores del presente siglo... ¿Aprovechamos las oportunidades que Dios nos otorga para dar testimonio de nuestra fe? ¿Intentamos conservar nuestra vida cristiana apartada de las influencias pecaminosas que nos rodean? O quizás descuidamos el testimonio cristiano, debido a la falta de fe e integridad espiritual...

Relación con la economía

Los cristianos reconocemos que todo lo recibimos de Dios, que somos administradores de su economía. Entonces, ¿hacemos tesoros en los cielos, o atesoramos para este mundo, ciertamente pasajero...? ¿Nuestra ofrenda a Dios es más bien algo secundario, y le damos sólo de lo que nos sobra...? ¿Dónde invertimos, en el banco de este mundo, donde las riquezas se pudrirán? o ¿en el banco del Cielo? donde disfrutaremos por la eternidad de los intereses producidos... ¿Compartimos nuestros bienes generosamente con los necesitados...? ¿Dónde está nuestro tesoro? o dicho de otro modo, ¿quién representa nuestro tesoro en esta vida...?

Concerniente a la voluntad especial de Dios

¿Cómo saber cuál es la voluntad específica de Dios en circunstancias por las que estoy pasando, o en decisiones futuras que he de tomar...? Todo camino que hayamos de andar, o decisiones que vayamos a tomar, han de estar en línea con la voluntad general de Dios, como ya venimos recalando hasta aquí. Con esta especial atención, hemos de observar nuestro entorno y ver si tenemos el apoyo de la Palabra, la iglesia, la familia, los amigos, las circunstancias que nos acompañan, etc. En muchas ocasiones seguro que encontraremos indicaciones, sean éstas a favor o en contra de nuestras previsiones.

También puede ocurrir que todo alrededor parezca volverse en contra de nuestras perspectivas. Si así fuese, no nos preocupemos, porque Dios se encargará de hacernos saber su voluntad de la forma que estime más oportuna. Profetas como Elías, Jeremías o Ezequiel, tenían en contra muchas personas y acontecimientos, pero Dios en ningún momento les desamparó, y al tiempo determinado les hizo saber su voluntad: **«La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto» (Sal. 25:14).**

En relación con la iglesia

Debemos aclarar que cuando hablamos de iglesia, no nos referimos exclusivamente a la iglesia local, sino más bien a hermanos en la fe con los que pudiéramos tener comunión. La iglesia es el pueblo de Dios, y por tal motivo Él desea utilizarla.

El cristiano, por lo general, es una oveja torpe, que muy fácilmente puede descarriarse del camino. Es debido a nuestra humana debilidad, precisamente, que el Buen Pastor decide pastorear a sus hijos a través de su Iglesia. Por ello es menester abrirse a los consejos de los hermanos a la hora de tomar decisiones. **«Atended el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis» (Pr. 8:33).**

Si bien «los consejos» por sí solos no pueden determinar la resolución de nuestras dudas, de todos modos se hace necesario prestar buena atención a las personas que nos rodean, sobre todo a nuestros hermanos en la fe, pues tal vez Dios nos proporcione señales por medio de ellos, máxime si las opiniones vertidas son coincidentes. Resulta apropiado, por tanto, buscar consejo en personas maduras espiritualmente, sean pastores, líderes, u otros hermanos con experiencia en la vida cristiana. Añadido a estos consejos, también podemos aceptar recomendaciones de allegados no creyentes, bien sean familiares directos, o personas de entornos conocidos, que a veces Dios puede utilizar para hablarnos. **«Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo» (Pr. 13:18).**

Además, rechazar los dones que el Espíritu ha otorgado a la iglesia resulta en un grave error. Muchos viven apartados de la gracia especial de Dios por no tener en cuenta el Cuerpo de Cristo. No son pocos los que hoy descuidan la voz del Señor evocada a través de su pueblo; los que seducidos por las cosas temporales (en diversas áreas de la vida), extravían su corazón del verdadero camino. Y algunos, después de haber recibido indicaciones celestiales, lamentablemente cierran sus oídos a toda recomendación, dejándose arrastrar por sus propios pensamientos terrenales.

En relación con las circunstancias personales

Para recibir la bendición de lo Alto, es recomendable hacer un alto en el camino, y comprobar si los pasos que estamos dando se ciñen al espíritu de la Palabra; si tenemos que confesar algún pecado, o reafirmar alguna virtud: **«Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos» (Pr. 4:26).** Cada decisión en la vida requiere un previo análisis detenido, para sobre todo no incurrir en confusión, o en interpretaciones erróneas de las indicaciones celestiales.

El Dios proveedor proporciona al cristiano fiel aquello que necesita, incluyendo las circunstancias que le acompañan. Para ello abrirá o cerrará las puertas que así considere necesario, sobre cualquier aspecto de la vida: profesional, familiar, conyugal, eclesial, ministerial, etc. Hemos de saber que en tanto las puertas se hallen cerradas, significa que de momento los proyectos de Dios van por otro camino, y así habremos de aceptarlo. No hacemos bien en decir que vivimos por fe, y al tiempo desconfiamos de la guía de nuestro buen Padre y de sus fieles promesas.

Como cita el texto, al apóstol Pablo y sus colaboradores **«les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia... intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió» (Hch. 16:6,7).** Así es como, en ocasiones, el Espíritu Santo cierra las puertas en la vida del creyente, y no permite que avancen las circunstancias, poniendo Dios mismo los impedimentos que cree necesarios para garantizar la correcta guía y protección de sus hijos. A veces las respuestas de Dios se comparan con las luces de un semáforo; en rojo, si la respuesta es un *no*. En verde, un *sí*. O en amarillo, un *espera*.

Si hemos comenzado un camino determinado, y percibimos que no hay indicadores en contra, o sucesos que lo impidan, entenderemos que las puertas permanecen abiertas, y por consiguiente habremos de seguir adelante confiando en Dios. En esta confianza andaremos el camino, sabiendo que su poderosa intervención puede disponer las cosas de modo que nos libre de tomar decisiones equivocadas, o bien guiar las circunstancias de manera que nos facilite la orientación correcta. En ningún caso nuestro Padre dejará que nos desviemos, si en verdad buscamos hacer su voluntad, **«porque Él tiene cuidado de vosotros» (1 P. 5:7).**

Así que, mientras las puertas permanezcan abiertas, y no haya impedimento alguno, debemos seguir avanzando en el camino hacia la ciudad celestial, como buenos peregrinos. En cambio, si el semáforo se encuentra en rojo, o las puertas se cierran, habremos entonces de aplicar humildad y aceptar cualquier situación; en ningún caso rebelarnos contra el destino. Toda rebelión crea descontento, y con el tiempo puede generar raíz de amargura interior. Lejos de dar cabida a la queja, hemos de contentarnos en cualquier situación, convencidos a la vez de que por muchos cerrojos que amarren las puertas, tales cerrojos los puso Dios **«Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?» (Lam. 3:37).**

Ahora bien, el concepto de providencia divina no contempla el resolver las incógnitas de nuestro destino, o contestar a preguntas específicas sobre el mañana, en una especie de adivinación futura. Son muchas las ocasiones en que Dios guarda silencio, para que aprendamos a esperar. No olvidemos que Dios **«es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Ef. 3:20).**

Por lo demás, nuestra intención ha de dirigirse esencialmente hacia el «hoy», con aplicaciones prácticas para el «aquí» y el «ahora». ¿Qué quiere Dios de mis circunstancias actuales? perduren por un minuto, horas, días, o por toda la vida. ¿Cómo tengo que obrar en el lugar donde estoy, con los recursos que tengo...? Con independencia de la situación en que nos encontremos, hemos de buscar su voluntad en el presente, para que también el futuro no sea incierto. Si confiamos en las promesas del nuestro buen Padre, el porvenir estará en buenas manos: **«Yo soy Jehová Dios tuyo, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir» (Is. 48:17).**

Es cierto que Dios puede comunicarse hoy en multitud de formas, como así crea conveniente, y a veces de manera sorprendente. El Todopoderoso se encargará de utilizar lo que bien le plazca, para hablarnos de forma que entendamos su mensaje con claridad. Como norma general utiliza las herramientas naturales de la vida cotidiana: utilizó un viento recio para separar el mar rojo, según el libro de Exodo 14:21. También nuestro Dios dispone hoy de los elementos que Él ha creado para poder hablarnos de forma natural, o bien para directamente despejar todo camino.

Finalmente, y como regla habitual, podemos afirmar que las indicaciones vistas de forma aislada no son determinantes por sí solas para hallar respuestas; sino que tales indicaciones se habrán de analizar globalmente con todas las demás que hasta aquí estamos considerando, para así hacer una valoración correcta. No olvidemos que **«Satanás se disfraza como ángel de luz» (2 Co. 11:14)**, y por ello no podemos guiarnos solamente por señales puntuales, bien que resulten de la lectura de la Palabra, de la recomendación de la iglesia, o de las circunstancias personales. Así, todas las señales recibidas tendrán que valorarse en conjunto, para llegar a una conclusión adecuada sobre cualquier situación planteada o decisión que hayamos de tomar.

LA RELACIÓN CON NOSOTROS MISMOS

Una vez examinados los acontecimientos que nos rodean, también añadimos aquí un factor no menos importante: un auto análisis de nuestro propio ser interior: alma y corazón al descubierto: análisis de nuestros pensamientos, sentimientos, intenciones...

Hay varias señales impalpables de la voluntad de Dios que han de tenerse muy presentes. Y para facilitar su revelación, habremos de valorar nuestro estado anímico y espiritual. Un autoexamen de conciencia, por consiguiente, es tarea imprescindible para no

ser reprendidos por Dios: **«Si nos examinásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados» (1 Co. 11:31)**. Y aquí cabría investigar nuestras obras, pero también nuestras intenciones. Toda obra tiene una razón de ser, y nuestras intenciones han de estar orientadas según las intenciones de Dios, y no al revés.

Resulta provechoso realizar frecuentemente un viaje a nuestro desconocido mundo interior, para analizar reflexivamente sobre la razón esencial de nuestros afectos, sentimientos, impresiones, dudas, convicciones... y juzgar si todo ello se encamina de forma correcta según la voluntad general de Dios. **«Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos...» (2 Co. 13:5)**.

Hemos de permanecer atentos a las señales de nuestro interior, porque el Espíritu Santo también utiliza nuestro fuero interno, ya que no en vano habita en el corazón del creyente: **«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Co. 3:16)**.

Prestemos atención, porque podemos fracasar en la vida espiritual por no examinar bien nuestra alma. Este fracaso, en ocasiones, es motivado por una actuación precipitada, esto es, por un impulso del corazón que nos puede llevar a tomar decisiones fuera de la voluntad de Dios. Como ya mencionamos anteriormente, el corazón humano no sabe esperar, y en ocasiones tampoco quiere... Si nos preguntamos ¿por qué Dios no evita el fracaso de sus hijos? La respuesta se muestra sencilla: El Padre celestial promete guiar, proteger, y bendecir la vida de todo aquel que le ama de corazón; por lo que, naturalmente, no sabemos bien qué intenciones esconde el corazón del creyente que desvía su camino.

Convicción del alma

El cristiano que desea confirmar sus caminos, no ha de olvidar hacer primero una verdadera revisión del alma, reafirmando sus propias convicciones personales.

«Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba» (Ro. 14:22). Muchas de esas convicciones pueden provenir de la acción del Espíritu Santo en nuestra conciencia, que de algún modo nos indicará el estado espiritual, y también los pasos que debemos seguir en el camino. Visto en el sentido paralelo, si estamos convencidos en nuestro interior respecto de cualquier situación o decisión tomada, y no percibimos la voz de Dios hablando en dirección contraria, hemos de creer entonces que nos hallamos en el camino recto; confiando, asimismo, que si andamos equivocados, el Buen Pastor se encargará de hacérselo saber: **«Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios» (Jn. 3:21)**. Así pues, a la equivocación por ignorancia no se le puede llamar equivocación. Entendamos bien el concepto, porque la vida del cristiano fuera de la voluntad de Dios, en ningún caso es equivocada sino descarriada.

Convicción del corazón

Manteniendo la prudencia necesaria en lo concerniente a las emociones, es menester atender al corazón, y estar alertas a todas las señales provenientes de nuestro ser interior. Aceptemos en buena medida que el corazón, como la base de nuestros sentimientos, deseos, impulsos, emociones, voluntades, aspiraciones, etc., es un bien creado por Dios, y en consecuencia un medio que utiliza para aportar claridad a nuestros caminos. **«Así que... si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios» (Fil. 3:15)**. Acertadamente se pronunciaba el matemático y filósofo cristiano, Blaise Pascal: **«Es el corazón el que percibe a Dios y no la razón»**.

Ahora bien, existen declaraciones bastante comunes entre algunos creyentes, como por ejemplo: *¡el Señor me dijo!* o *¡siento en el corazón que este es el camino que debo seguir...!* Frente a tales expresiones, la propia Escritura señala que el corazón es engañoso y perverso, según Jeremías 17:9; y por ende, como resulta sensato, no deberíamos de confiar solamente en nuestros propios sentimientos, deseos o emociones, para tomar decisiones o reafirmar nuestras impresiones personales.

Dicho esto, es cierto que en momentos especiales Dios puede mostrarnos el camino, produciendo una mayor convicción en el corazón sobre cualquier tema o decisión que vayamos o no a tomar. Muchas son las ocasiones en que no sabemos bien cuál es el camino que debemos seguir, ni cómo pedir al Señor que nos guíe convenientemente. Pero, no hay que preocuparse en exceso, pues el Espíritu intercede por nosotros: **«Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Ro. 8:26)**. Así es, debido a nuestra torpe naturaleza pecadora y evidentes limitaciones humanas, precisamos de la ayuda del Espíritu Santo para poder recibir una correcta orientación. La promesa bíblica no se presta confusa: **«Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad» (Ro. 8:26)**.

Tal vez no sepamos cuál sea la voluntad de Dios en casos específicos, pero el Todopoderoso, que conoce bien nuestro corazón, y también su voluntad especial para nuestra vida, no nos deja solos en medio de la duda: **«Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Ro. 8: 27)**. El Omnipresente examina nuestro corazón, y de alguna forma que no entendemos, interviene produciendo convicciones personales, que son a la vez indicadoras de su voluntad. El mismo Señor afirmó: **«Yo soy el que escudriña la mente y el corazón» (Ap. 2:23)**.

Convicción del intelecto

Una vez más la condición del texto bíblico resulta categórica: **«Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Ro. 12:2)**. Toda transformación espiritual dependerá, en suma, de la renovación del intelecto; conformando el pensamiento humano al pensamiento renovador de la Palabra divina. No es tarea fácil, pero sólo de esta manera, que no de otra, podremos experimentar la agradable y perfecta voluntad de Dios.

El sabio Creador tiene a bien utilizar aquello que Él ha creado, y desde luego la mente es instrumento útil. **«Cada uno esté convencido en su propia mente» (Ro. 14:5)**. Por lo general, cada decisión tomada –primero puesta en manos de Dios– ha de pensarse con calma, **«llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co. 10:4)**. Estemos seguros de que la intervención invisible del Espíritu Santo, guiará nuestros pensamientos a favor o en contra, pues Dios ha creado mentes razonables. Este es motivo suficiente para no dejarnos llevar sólo por el corazón, sin primero utilizar la razón. Por ejemplo, alguno puede afirmar, sin previa reflexión: *¡El Señor me envía a La China para evangelizar!* cuando en realidad hallamos que en el barrio donde vive todavía no ha compartido el Evangelio con ninguna persona. **«Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor» (Ef. 5:17)**. Como en todas las cosas, utilizar el sentido común es buena medida para no extraviar nuestras motivaciones personales.

La influencia de Dios sobre el intelecto humano no se supeditó solamente a los apóstoles, sino que hoy es perfectamente aplicable, en buena medida, a todos los verdaderos creyentes: **«Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:26)**. El Espíritu de Dios, sin saber bien cómo, nos enseña el camino. Y, para ayudarnos en dicha tarea, a veces trae a nuestra mente textos bíblicos, ideas, pensamientos, sentimientos, convicciones o experiencias, que contribuyen notablemente al esclarecimiento de su voluntad.

Convicción interna por la Palabra

La mayoría de las veces la convicción de la mente y del corazón se genera por la lectura y meditación serena de la Palabra, que no por casualidad el Espíritu Santo la inspiró. En ocasiones ocurre que un texto, o versículo bíblico, sobresale de tal forma que nos martillea el alma, indicándonos nuestro estado interior. Fue lo que ocurrió con el monje agustino llamado Martín Lutero, padre de la Reforma protestante (históricamente hablando), que recibió el impacto del Evangelio a través de un versículo bíblico: **«Mas el justo por la fe vivirá» (Ro. 1:17)**.

Así sea general como particular, la voluntad especial de Dios es confirmada en nuestro ser interior por la Palabra. No parece nada extraño, **«porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu...»** (He. 4:12). Del mismo modo, cuando leemos la Biblia con buena disposición, la voz del Señor se manifiesta en nuestro interior, bien sea en la misma dirección de nuestros sentimientos, o por el contrario en dirección opuesta. En cualquier caso será primordial adoptar una actitud de humildad y sumisión, para poder aceptar la palabra de Dios y no la nuestra. **«Dios atiende al humilde, pero al soberbio mira de lejos»**, cita Salmos 138:6.

No ampliaremos aquí el tema, ya que hemos hecho mención en el apartado de la voluntad especial de Dios y la Palabra.

Convicción del Espíritu Santo

Los hijos de Dios, que son sinceros y caminan bajo su voluntad, son guiados por el Espíritu Santo: **«Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios»** (Ro. 8:14). Asimismo el Maestro Jesucristo nos dejó su fiel promesa: **«Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...»** (Jn. 16:13). Nótese la expresión **«os guiará a toda la verdad»**. Es cierto que los apóstoles recibieron una revelación especial, porque fueron inspirados por el Espíritu Santo para transmitir la Palabra de Dios (Nuevo Testamento), y a la verdad esta revelación es insustituible. Siendo así, no podemos dudar de que existan ocasiones en que el Espíritu de Dios nos haga saber a los creyentes cuál sea el camino que debemos andar, o decisión que debemos tomar.

De Simeón, hombre justo y piadoso, cuenta la Escritura: **«Le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor»** (Lc. 2:26). Al igual que en la vida de este gran siervo de Dios, creemos que el Espíritu Santo nos puede ayudar a conocer su voluntad especial, sobre cualquier situación presente, o bien sobre futuras decisiones que hayamos de tomar personalmente.

Reconocemos que el Espíritu Santo interpela a nuestro espíritu respecto de la salvación. **«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»** (Ro. 8:16). De la misma manera, a veces, sin que lleguemos a entenderlo muy bien, hay un testimonio interno del Espíritu que en determinados momentos ilumina nuestro andar diario, recibiendo inapreciable ayuda en las decisiones que vayamos a tomar, o circunstancias personales que hayamos de cambiar, o en cualquier caso aceptar. Recordemos el texto bíblico: **«El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad»** (Ro. 8:26).

Nuestro Señor Jesucristo afirmó: **«Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado»** (Jn. 16:8). La labor del Espíritu es convencer al pecador de su error. Sin embargo, puesto que también vive en nosotros, los cristianos podemos asegurar que así hagamos las cosas bien o las hagamos mal, de alguna forma el Espíritu nos va a convencer de ello. Luego, hemos de permanecer sensibles a la voz del Espíritu Santo, que nos defiende o acusa, nos convence de pecado o por el contrario afianza nuestros caminos.

Convicción por el fruto del Espíritu

Para poder obtener una profunda convicción de la voluntad especial de Dios, es preciso mantener nuestro espíritu receptivo a la acción del Espíritu Santo. Por ello, la inspección periódica del alma es tarea de todo cristiano, con el objeto de poder identificar el fruto del Espíritu, aun mostrado en mayor o menor medida: amor, gozo, paz, paciencia... Véase Gálatas 5:22. De todas las virtudes producidas por el Espíritu Santo en el corazón del creyente, cabe destacar entre ellas, **«la paz de Dios»**. En consecuencia, si se experimenta paz en el corazón, es buena indicación. Mala indicación sería mantener por largo tiempo conflictos espirituales, disconformidad interior, insatisfacción, queja, y demás síntomas opuestos al fruto del Espíritu.

«La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14:27), fue la promesa del Buen Pastor. La tranquilidad de conciencia que produce la paz de Cristo, es señal de que nuestro rumbo parece seguro. Empero, también es verdad que hay quien dice tener la «conciencia tranquila», llevando a la vez una vida desordenada... Tal confesión no es más que la versión mundana denominada «conciencia endurecida». Por esta razón, entre otras, las convicciones del corazón se han de contrastar con la experiencia de vida, y principalmente con la Palabra de Dios, para que de tal manera nuestra impresión permanezca estable.

Para saber si andamos, o no, conforme a la voluntad de Dios, hemos de preguntarnos: ¿Permanece el fruto del Espíritu, aun con mayor o menor intensidad, mostrándose en mi vida? ¿La Palabra convence a mi corazón de que estoy en lo correcto? ¿Tengo paz interior? ¿Cómo me da testimonio el Espíritu, a favor o en contra?

No hay lugar para las dudas, porque el Señor puede guiar nuestra mente y corazón, de modo que aquello que pensamos y después decidimos, sea conforme a sus planes establecidos para nuestra vida.

En fin, si ajustamos bien nuestro campo visual, no nos guiaremos solamente por impresiones personales. Todas y cada una de las señales referidas en el presente apartado, como en los anteriores, deberán tenerse en cuenta para guiar cualquier decisión. Pero, en términos generales, por sí solas no son decisivas para determinar nuestro rumbo. Como ya venimos apuntando, se han de recoger todas las señales descubiertas, para examinarlas en conjunto. De esta manera podremos responder con seguridad a muchas de las preguntas planteadas en principio, y que corresponden a la especial voluntad de Dios para cada hijo suyo.

CAPÍTULO III

LA ACEPTACIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Una vez el hijo de Dios logra mantener buena relación con su Padre celestial, obteniendo plena convicción de la Palabra divina, de los acontecimientos, y de las impresiones del corazón, le restará el aceptar, sean cuales fueren, los planes divinos, tanto presentes como futuros.

La aceptación interior de nuestras circunstancias, conlleva la decisión voluntaria de recibir con valentía todo lo que venga, sea bueno o aparentemente malo. **«He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación» (Fil. 4:11)**, afirmaba el apóstol a los gentiles. Bien es cierto que tenemos que luchar por cambiar todo lo que a primera vista parezca malo o negativo, y hacer lo que buenamente esté en nuestra mano con tal intención. Ahora, de no poder cambiarlo, en ningún caso hemos de caer en la desesperación, porque Dios sabe bien lo que necesitamos, como ya señalamos anteriormente.

En ocasiones el cristiano pasa por experiencias negativas, y a veces son contempladas a modo de injusticia. En cuanto a calamidades o enfermedades, algunos se preguntan ¿por qué a mí? En cuanto a las bendiciones materiales: ¿Por qué a él/ella sí y a mí no? Desde una ligera y equivocada impresión, Dios está siendo injusto con nosotros, y de manera consciente o inconsciente, surge el descontento; no nos conformamos a la nueva situación. Personalmente he visto a supuestos creyentes casi amenazar a Dios, por la dura prueba que estaban soportando. Como en este caso, muchos no comprenden en su verdadera dimensión la voluntad de Dios, ni tampoco su gracia benevolente, la cual sin merecerla, nos aporta ayuda en medio de la aflicción. Por eso la recomendación bíblica es estar **«contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré» (He. 13:5)**.

El que no acepta la voluntad proveniente del Cielo, por muy oscura que pudiera parecer, es porque de alguna manera cree que tiene derecho a su propio bienestar, o que merece recibir aquello que pide o reclama. Tal persona no entiende la gracia de Dios, porque a la vez no entiende la pecaminosidad humana. Los cristianos, pese a ser salvos, todavía somos culpables y merecedores del mal. Por lo que si tenemos derecho a algo, es a sufrir las consecuencias de nuestra caída, y en ningún caso a recibir el bien. ¿Qué merecemos realmente? Veamos: el criminal que ha cometido un homicidio, aun cuando su delito sea justamente pagado, será siempre culpable por ese delito; el hecho de cumplir con la pena impuesta por el juez, no lo convierte en inocente. Por ello, los cristianos, que somos culpables redimidos por Dios, si algo o mucho de bien recibimos, es sólo a causa de la obra de Cristo, que asumió el pago de nuestra condena; motivo entonces de agradecimiento y no de queja. La reflexión aquí se dirige a responder, en parte, a las preguntas iniciales respecto a la voluntad divina, por si acaso alguien, ingenuamente, se cree merecedor de respuestas favorables por parte de Dios.

En definitiva, decir sí a la providencia divina en cualquier escenario, por tenebroso que pudiera parecer, es asumir con toda confianza nuestra presente realidad, aceptando con humildad toda prueba que pudiera sobrevenir. De esta forma, hacemos nuestra la oración modélica de Jesús: **«Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mt. 6:10)**.

Si no aceptamos, o vemos como injusto cualquier entorno de privación o carencia personal, ¿dónde está nuestra fe? O, ¿cómo entonces aplicaremos el salmo 23?: **«El Señor es mi pastor, nada me faltará...»**. La expresión bíblica «nada me faltará», o también traducido del idioma original (hebreo) «nada me falta», es entender que «en Dios lo tengo todo», y no hay absolutamente nada que me pueda faltar para llevar a término sus planes. Planes, que como venimos expresando, están preparados con anterioridad al tiempo y al espacio de nuestro devenir histórico.

A saber, si recibimos como buena la llamada «teología de la prosperidad», entonces, el cuidado y la provisión de Dios para con sus hijos entrarían en contradicción con la vida de pobreza y enfermedad que muchos fieles creyentes han padecido a lo largo de la Historia. Ya mencionamos el caso de Lázaro como ejemplo paradigmático. El del apóstol Pablo también podría ser referencia de precariedad y tribulación. Pero, no hay contradicción, ya que nuestra mente humana es terrenal e interpreta terrenalmente, y ve las cosas con las gafas de la cultura que le rodea. Y, en nuestro caso, es la cultura del bienestar, incluida la extrema mentalidad materialista de nuestro Occidente cristianizado, cada día más alejado de Dios. La advertencia bíblica es esta: **«Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8)**.

Aceptemos nuestro pasado, presente y futuro, entendiendo que todo ello constituye la prueba, o dicho de otro modo, el examen de nuestra vida. Unos exámenes vendrán de forma natural y no podremos evitarlos; habremos de aceptarlos de buen grado y situarlos en manos de Dios, para que en medio de la prueba Él se glorifique. Otros, serán la consecuencia de vivir una vida de fidelidad al servicio de nuestro Señor. El mismo Jesucristo ya lo predijo: **«Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Tim. 3:12)**. **«En el mundo tendréis aflicción» (Jn. 16:33)**. No podemos negarlo, pues la voluntad general de Dios supone mandamientos que en sí acarrearán pruebas, y a veces no pequeñas. La Escritura está repleta de ejemplos. Sin ir más lejos, predicar el Evangelio es un verdadero reto en nuestra cada vez más incrédula sociedad, y ello supone rechazo e incompreensión, y en los casos más extremos, la muerte.

Es en las pruebas, naturalmente, donde se ha de pagar un precio; sea privación, esfuerzo, sufrimiento, escasez, incertidumbre, etc. Por ello, antes de asentir con la cabeza y aceptar toda previsión futura, hemos de considerar el precio. En verdad no sabemos el precio que se habrá de pagar en el futuro. Muchos son los creyentes fieles que, a lo largo de la Historia, han pagado con sus propias vidas a causa del testimonio cristiano. Leemos en el libro de Los Hechos que Esteban, en plena juventud, dio un magnífico testimonio a los judíos del momento, y asumió su particular examen con valentía. Es verdad que podría haberse librado de la muerte, si su boca hubiera estado cerrada; pero... aceptó la prueba que le correspondía especialmente diseñada para él, y no le importó morir por el nombre de su Señor.

Pese a cualquier difícil pronóstico, nuestra confianza en Dios nos permite aceptar con optimismo todo lo que pudiera sobrevenir, porque de tal manera descansaremos seguros en las manos del Todopoderoso. La actitud del apóstol Pablo fue de absoluta conformidad: **«En todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad» (Fil. 4:2)**.

Es verdad que hay cristianos que prefieren evitar todo tipo de pruebas (algunas inevitables), aunque éstas sean por determinación divina, y se entiendan como la especial voluntad de Dios para sus vidas. Así es como después de haber recibido la luz del mandamiento, muchos escapan, tal como lo hizo Jonás, mirando hacia otro lado. No obstante, nadie puede ignorar lo determinado por Dios, porque múltiples son las formas en las que el Señor revela a sus hijos cuál sea su voluntad. Por lo que, sea pequeña o grande la luz recibida de parte de Dios, no debemos en ningún caso desecharla. **«Andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas» (Jn. 12:35)**.

Sirva el ejemplo del patriarca Abraham, a modo de prueba. Él entendió que debía entregar a su hijo Isaac, y que tal petición era la voluntad divina para ese preciso momento. Trayendo, pues, el ejemplo a nuestros tiempos, algunos cristianos reciben la luz del mandamiento, pero en ningún modo están dispuestos a entregar aquello que más quieren: tomando el ejemplo de Abraham, «sus hijos» (sea literal o metafórica la aplicación). Luego, no querer obedecer, es no querer pasar la prueba.

Contemplemos el panorama, porque son muchos hoy los que se auto engañan, y aun teniendo poca o mucha luz, hacen la vista gorda, resistiéndose a los planes divinos. Y, para conseguir sus objetivos, prefieren luchar con las propias fuerzas en el cumplimiento de sus propios deseos... No parece extraño, como advirtió el Señor, que las tinieblas les atrapen.

Sepamos, pues, que la futura voluntad de Dios probablemente no siempre será a mi medida, o como yo imagino, deseo y espero, según mis aparentes necesidades... C. H. Spurgeon, reconocido predicador del siglo XIX, dijo: *«Si hubiera una esquina donde yo tuviera la garantía divina de que trabajando como limpiabotas Dios podría ser más glorificado que lo es mientras doy testimonio ante una gran congregación, agradecería la información, y le obedecería»*. Así es como Spurgeon decidió glorificar a Dios en su vida, y por lo tanto estaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta proveniente del Cielo. Ser limpiabotas o predicador de una gran iglesia, dependerá de la providencia divina, que en cualquiera de los dos casos habremos de aceptar con humildad. No hacemos bien en ocupar un lugar que no nos corresponde, ya sea en la iglesia o en la vida cotidiana. A cada cristiano le corresponde su lugar; y así hemos de aceptarlo, dado que es el preparado por Dios para nosotros.

Agustín de Hipona, el más ilustre teólogo del siglo IV, reafirmaba la enseñanza: *«¡Qué bueno es Dios para los que no se lamentan, para aquellos que someten su voluntad a la divina, y no intentan acomodar la de Dios a la suya propia!»*. Ahora, puede ocurrir que muchos de nuestros deseos (en relación con la salud, el hogar, la familia, etc.) no concuerden con la especial voluntad que Dios ha diseñado para nuestra vida en particular; y aquí es donde se produce un repentino conflicto. No obstante, la resolución de este conflicto debe pasar por someter el aparente infortunio a la voluntad de Dios, en acto de fe. En caso de no hacerlo, y con el sentimiento de no haber conseguido lo deseado, se creará un descontento interior que puede llevar a la queja, y en los peores casos a la amargura. Pablo le pidió al Señor que le quitase el aguijón en la carne (probablemente un grave defecto en la vista), pero la voluntad de Dios era permitir su particular aguijón con un propósito especial. **«Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Co. 12:9).**

Como citaba el santo Job: **«¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?» (Job 2:10)**. La pregunta aquí se presta en forma de conclusión. Es decir, si los proyectos divinos incluyeran el cumplimiento de los peores presagios que pudieras imaginar, humanamente hablando, ¿lo aceptarías?

El pastor y defensor de los derechos humanos, Martin Luther King, manifestaba: *«El propósito de la vida no es ser feliz, ni tampoco obtener placer y evitar el dolor, sino hacer la voluntad de Dios, venga lo que venga»*. Así es, la voluntad de Dios requiere de la aceptación interna y consciente de cualquier acontecimiento, presente o futuro, por muy sombrío que éste parezca. Y en caso de no aceptar la situación que se presente o se pueda prever, estaríamos entonces aplicando desconfianza en nuestro Padre y a la vez menospreciando sus fieles promesas.

La rebeldía del creyente contra los planes celestiales, es un síntoma bastante común en nuestro entorno cristiano; pensando, en muchas ocasiones, que al parecer Dios no es favorable a nuestras legítimas peticiones. Habremos de preguntar, entonces, con qué motivaciones están hechas... La rebelión contra Dios no es más que el producto de la queja en el corazón, por ver que no han salido las cosas como esperábamos. Por consiguiente, esta visión egoísta se acompaña con una evidente falta de fe; lo que en tal caso también deberíamos revisar.

El problema no es nuevo, ya ocurría con el antiguo pueblo de Israel. **«Vosotros, que sois duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, resistís siempre al Espíritu Santo; como hicieron vuestros padres, así también hacéis vosotros» (Hch. 7:51)**. Lamentablemente la rebeldía, vista como acto de resistencia a la autoridad divina, constituye una constante en la historia de la Humanidad. Así es como lo vemos reflejado ampliamente en la propia Escritura.

LA VOLUNTAD DE DIOS Y EL SUFRIMIENTO

Los designios de Dios contienen elementos de misterio que no logramos comprender con claridad, incluido el sufrimiento. ¿Quién puede entender su propio camino? mucho menos entenderá el camino de Dios... En el libro *Escogidos en Cristo*, el autor J.M. Martínez, hace la siguiente analogía: «*La providencia divina y su interacción de factores da lugar a muchos problemas, puesto que nosotros no vemos más que el revés del tapiz, el cual parece una confusión laberíntica de hilos multicolores, pero las Escrituras nos aseguran que el dibujo anverso es hermosísimo*». Resulta significativa la ilustración, ya que viendo sólo el revés del tapiz, lleno de hilos enrevesados, no logramos contemplar el dibujo tan precioso que constituye nuestra vida en manos de Dios. Así ocurre con buena parte de lo predestinado por el Cielo para nuestra propia existencia terrenal, que en muchas ocasiones no llegamos a entender.

Como indicamos al principio, el Todopoderoso ya sabe nuestro destino, y por lo tanto, conforme a éste predetermina nuestras condiciones, sean físicas, psíquicas, circunstanciales, familiares, eclesiales, y demás. De igual forma, prevemos que además en todas ellas habrá cierta dosis de sufrimiento; y como es de esperar, también planificado de antemano en el proyecto de Dios.

Los planes divinos aplicados al creyente no transcurren exentos de sinsabores, padecimientos, enfermedades, tristezas, aflicciones... Y aunque pudiéramos suponer que el sufrimiento en el cristiano es causa de algún pecado personal, a veces ocurre precisamente al revés: es la aplicación especial del favor divino. El comentarista bíblico Matthew Henry cita al respecto: «*Las aflicciones extraordinarias no son siempre el castigo de los pecados extraordinarios, sino que a veces son el padecimiento de las gracias extraordinarias*».

Para el apóstol Pablo, su agujijón en la carne formaba parte de la voluntad especial de Dios. Y a buen seguro le constituyó una dura prueba; prueba determinante que, con toda certeza, contribuyó para que su labor fuese todavía más eficiente. Así concluía: «**Cuando soy débil, entonces soy fuerte**» (2 Co. 12:10).

Al parecer, la *escuela del dolor* enseña lecciones que en ninguna otra parte se pueden aprender; es la escuela de Dios. Notemos bien, porque las experiencias difíciles del creyente fiel, en manos de la divina providencia, no se hallan desprovistas de significado, sino que responden a un plan estratégicamente diseñado por el Creador. Es tal y como lo hace constar el teólogo británico, J.L. Packer: «*La doctrina de la providencia les enseña a los cristianos que ellos nunca se encuentran a merced de unas fuerzas ciegas (la fortuna, el azar, la suerte, el destino), que todo cuanto les sucede se halla en los planes de Dios, y que cada suceso llega como una nueva convocación a confiar, obedecer y regocijarse, sabiendo que todo es para su bien espiritual y eterno*». Así es, con arreglo a la providencia divina, consideramos que la prueba contribuye a la buena y necesaria transformación de carácter; un cambio de vida en dirección a imitar el modelo de Jesucristo. Con la prueba, el deseo por la eternidad se hace en nuestro corazón mucho más dinámico, y cómo no, también nos ayuda a desligarnos del presente mundo materialista, preparando nuestro corazón adecuadamente para el «más allá».

Además, el propósito de la prueba aquí, se dirige a que seamos más conscientes del pecado, y los estragos que ha hecho en este mundo. Con esta conciencia podremos detectar mejor nuestros propios errores, y asimismo comprender con más tolerancia los del prójimo. La prueba nos proporciona elementos de madurez personal, y así es como nuestra visión espiritual se torna cada vez más profunda y cabal. Como resultado, vamos adquiriendo una mayor responsabilidad y sentido de nuestra labor cristiana, aplicada a la instrucción bíblica, santificación, comunión cristiana, predicación, evangelización...

Igualmente, todas las desdichas, a la postre, nos ayudan a sentirnos débiles, y a no dar cabida al orgullo, para así depender de la absoluta gracia divina. Con la prueba nuestro ministerio cobrará una mayor calidad espiritual, y nuestra vida un verdadero significado de eternidad. «**De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien**» (1 P. 4:19).

Sepamos que el sufrimiento no resulta de la voluntad original de Dios; pero lo permite, lo incluye en su programa, y lo utiliza en bien de sus hijos. Y, por si fuera poco, además fija los límites necesarios para que no sobrepase la capacidad del creyente en soportar las adversidades. En ningún caso Dios probará a sus hijos más allá de lo que puedan resistir. **«Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Co. 10:13).** «La voluntad de Dios no te llevará donde su gracia no te pueda sostener», citaba el misionero James Elliot, sin saber que su destino sería la pronta muerte a manos de una tribu indígena, junto con otros cuatro misioneros. Tales muertes parecían un sinsentido, hasta que buena parte de la tribu se convirtió al Señor, gracias a la propia familia de los misioneros que prosiguieron con su labor evangelizadora. Tanto las muertes de los misioneros como la conversión de los indígenas, ya estaban previstas por Dios.

Estemos seguros de que el Altísimo no nos dará una carga tan pesada que no logremos sobrellevar, y las dificultades serán proporcionales a las capacidades que Él buenamente nos quiera conceder. También esto es voluntad de Dios.

En definitiva, la prueba –incluidas las aflicciones– constituye parte del proyecto eterno de Dios para el creyente fiel. Y por lo común utiliza las circunstancias normales de la vida cotidiana, que en su debido tiempo las puede reconducir a modo de prueba. Las preguntas planteadas en el principio, son buen ejemplo: la familia, el empleo, la formación, la salud, la iglesia, etc., pueden formar parte de la prueba. Todo ello son experiencias decisivas que ordenarán el rumbo de nuestra vida cristiana. El amor al Señor, así como nuestra fe en Él, han de ser probados.

«Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal» (1 P. 3:17). Es de esperar que algunos cristianos, sabiendo que el porvenir en manos de Dios puede contener elementos de sufrimiento, opten por rebelarse y no querer aceptar cualquier perspectiva que parezca negativa. Ahondemos en los misterios de Dios, porque venga lo que viniere, sea lo que fuere, en ningún caso hemos de atemorizarnos, pues estamos seguros de que el Padre celestial mantiene un control minucioso sobre nuestras vidas: **«¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» (Mt. 8:26).**

CAPÍTULO IV

CONSECUENCIAS DE LA VOLUNTAD DE DIOS EN EL CREYENTE

GRADOS DE COMPROMISO CON DIOS

Necesariamente la obediencia y la fe han de mantenerse unidas, pues la una depende de la otra. El destacado teólogo alemán, Dietrich Bonhoeffer, afirmaba: *«Es verdad que la obediencia y la fe deben estar separadas a causa de la justificación, pero esta separación no puede suprimir la unidad que existe entre ellas y que consiste en que la fe sólo se da en la obediencia, nunca sin ella, y en que la fe sólo es fe en el acto de la obediencia»*.

Después de lo hasta aquí expuesto, alguno se preguntará si a pesar de su falta de compromiso con el Señor y obediencia a la Palabra, se halla todavía amparado bajo la voluntad de Dios. Para resolver esta duda, vamos a intentar aclarar algunos conceptos básicos en este apartado.

Volvamos al texto de referencia: *«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mt. 6:33a)*. El cristiano puede buscar primero el Reino de Dios, o no buscarlo. Ahora bien, en caso de tomar la decisión acertada, se requiere añadir un grado de entrega y compromiso con el Señor y con su obra. En cierta manera, la intensidad con la que experimentamos la voluntad de Dios puede ser mayor o menor; nuestra andadura cristiana puede marchar con superior o inferior altura de consagración.

En esta decisión, podemos vivir la voluntad de Dios con un nivel de compromiso escaso, o bien, en el lado contrario, mostrarse muy generoso. Nuestra vida espiritual puede permanecer fuerte, o en cambio revelarse muy débil. Cada cual elige seguir a Jesucristo con mayor o menor grado de renuncia: *«El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» (Mt. 10:39)*. ¿Con qué medida de egoísmo estoy viviendo? Cuanto más viva para mí, mayor será la pérdida de la vida de Cristo.

No deberíamos obviar las indicaciones de nuestro Señor: *«Por sus frutos los conoceréis» (Mt. 7:16)*. El cristiano puede caminar, en mayor o menor medida, conforme la voluntad de Dios. Sobre esta base, nos preguntamos, ¿qué tipo de fruto estoy produciendo? ¿Es un fruto pequeño y de pésima calidad, o por el contrario abundante y de buena calidad? En todo caso el fruto tendrá mayor o menor utilidad, dependiendo del árbol que lo produzca. Un árbol saludable y robusto producirá buen fruto: *«Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo» (Sal. 1:3)*. En cambio, creyentes cuyo desarrollo espiritual es mínimo, el fruto también se expresará mínimamente. Sea mayor o menor el fruto que logremos dar –por el poder del Espíritu Santo–, éste siempre será proporcional al grado de compromiso con Dios y su Palabra.

En este punto, no son pocas las advertencias del apóstol a la Iglesia primitiva: **«No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará»** (Gá. 6:7). El creyente que siembra muy poco para su vida espiritual, también segará muy poco. Aquel que siembra mala calidad de grano, segará mala calidad de cosecha: **«Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará»** (2 Co. 9:6). Luego, un compromiso débil con Dios y su Palabra, producirá como consecuencia una vida cristiana débil, carente de la necesaria fortaleza interior. De la misma manera, la pobre disposición de amor a Dios resultará en una pobre efectividad ministerial. La fórmula bíblica que contiene la causa y el efecto, parece sencilla: **«Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros»** (Stg. 4:8).

Nuestro gran Maestro declaró: **«Mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas»** (Mt. 6:5). Observamos aquí que la medida de favor divino hacia los creyentes, es correspondiente a la medida de nuestro favor hacia los demás. A saber, si con nuestra actitud de indiferencia logramos ignorar a nuestros hermanos, o bien no obramos con espíritu de perdón ante alguna ofensa, no pretendamos entonces recibir las mejores atenciones de nuestro Padre celestial.

«Conforme vuestra fe os sea hecho» (Mt. 9:29). Según esta afirmación bíblica, dependiendo de nuestra fe, que por otra parte recibimos por gracia, así será la medida de bendición destinada. En otras palabras, Dios destina y aplica su voluntad especial en nuestra vida, en función del grado de confianza en Él y su Palabra. **«Pero pida con fe no dudando nada»** (Stg. 1:6). **«No piense que quien tal haga que recibirá cosa alguna del Señor»** (Stg. 1:17). ¿Vemos aquí la voluntad de Dios condicional? Hemos de preguntarnos, ¿cómo se muestra nuestra confianza en Dios? débil o fuerte, pequeña o abundante... Para fortalecer la fe recibida de Dios, hemos de estar abiertos a escuchar su voz: **«La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios»** (Ro. 10:17). ¿Notamos la relación que existe entre las diversas condiciones divinas? Sepamos que la benéfica intervención del Espíritu en nuestra vida, será proporcional al grado de fe que profesamos; y al tiempo, ésta resultará proporcional al grado de nuestro amor y entrega a su Palabra.

Consideremos también cuál sea nuestra medida de amor práctico hacia el prójimo. La condición bíblica es la siguiente: **«Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros»** (1 Jn. 4:12). Podríamos inferir del texto que, si nuestro aprecio al prójimo se muestra ausente, tampoco el amor divino permanecerá en nosotros. **«No hay mayor desprecio que no hacer aprecio»**, cita el refrán castellano. La voluntad condicional del Señor es concluyente: **«Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor»** (1 Jn. 15:10). Una muestra de amor escasa, por ende, resultará de una escasa relación con Dios y su Palabra. En cambio, el amor divino se perfeccionará en la medida que decidimos ponerlo en práctica. La condición bíblica es de carácter vital: **«El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él»** (1 Jn. 4:16). Así que, somos permanentes receptores del amor de Dios, cuando nos disponemos voluntariamente a amarle a Él; amor que naturalmente deberá reflejarse en el prójimo. Una vez más la consecuencia bíblica se repite: **«Con la medida con que medís, os será medido»** (Mt. 7:2).

Comprendamos bien lo hasta aquí expuesto, porque podemos vivir dentro de la voluntad general de Dios, y sin embargo hacerlo con un mínimo grado de compromiso. El apóstol Pablo insta al creyente a no vivir conforme a la carne: **«Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne»** (Ro. 8:12). Aquí, parece oportuno revisar nuestra vida de entrega hacia Dios, como hacia los demás, realizando al tiempo un sincero análisis de conciencia. **«La ciencia del prudente está en entender su camino»** (Pr. 14:8).

Nos preguntamos, cada uno, por el nivel de compromiso en relación a nuestra comunión con Dios y su Palabra. Compromiso con la evangelización, con la iglesia, con la familia, con la sociedad, con nuestros bienes terrenales, etc. ¿En qué grado se halla usted? Si en grado mayor, dígalo con humildad; si en grado menor, con pesar en el corazón.

Aunque el desarrollo espiritual en el creyente puede ser más o menos acelerado, siempre la voluntad de Dios implica crecimiento; y si no hay crecimiento, por el contrario hay decrecimiento. Vamos hacia arriba o hacia abajo; avanzamos o retrocedemos; subimos o bajamos de grado: **«El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mt. 12:30).**

Vivir con una medida reducida de entrega, conlleva experimentar la buena y agradable voluntad de Dios también con medida reducida. En el sentido inverso, vivir la voluntad de Dios en grado supremo, supone recibir las bendiciones también en grado supremo. **«Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Ro. 8:13).** Según las palabras del apóstol dirigidas a los creyentes en Roma, y perfectamente aplicables para nosotros hoy, revelan que la vida cristiana puede manifestarse en estado espiritual de acercamiento a Dios (vida), o de alejamiento de Dios (muerte).

Podemos aceptar, además, que el Señor actúe con cada uno en particular, dependiendo del estado de comunión con Él y de consagración. Y así serán las bendiciones espirituales recibidas: muy escasas, si nuestro compromiso es escaso, pero vida abundante, si nuestra entrega también lo es. Reiteramos el texto bíblico: **«El que siembra generosamente, generosamente también segará» (2 Co. 9:6).** Comprendamos bien, porque las consecuencias se contemplan más bien en el ámbito espiritual, pues los bienes terrenales no poseen ningún valor en la eternidad. Resulta llamativo, pero hay creyentes muy poco comprometidos con Dios, que gozan de buena salud y abundantes bienes materiales. Y por el contrario, creyentes fieles, que viven acompañados de carencias materiales y diferentes tipos de aflicciones. Así que, toda situación personal dependerá, como venimos indicando, de la voluntad especial de Dios para cada hijo suyo.

Por otro lado, es muy frecuente la típica excusa de que todos pecamos y fallamos, y así el Señor entiende nuestras debilidades. Es verdad, el Señor nos comprende más que nadie. Pero, entonces, ¿para qué sirven sus recomendaciones bíblicas, o qué sentido tiene el llamamiento a la santidad? Si bien Dios nos da los mandamientos, también las fuerzas para poder cumplirlos. Recordemos que David pecó gravemente, y aunque siguió dentro de los planes divinos, tuvo que sufrir las propias consecuencias de su mala acción; consecuencias previstas por Dios. Recordemos que mucha tristeza le causó la rebelión de su propio hijo Absalón. De forma paralela, Sansón no gustó de las bendiciones celestiales en su vida terrenal, por desobedecer el mandato divino, descubriendo su secreto a la persistente Dalila. Así como ocurrió con Sansón a causa de su desobediencia, puede ser que muchos creyentes en rebeldía, hoy se hallen en igual situación. La amonestación es de parte del Dios justo: **«Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras» (Jer. 17:10).**

Siguiendo con la misma idea, el cristiano puede vivir por un tiempo en grado mínimo de compromiso, y todavía hallarse dentro de la voluntad de Dios; hasta que, de persistir en el declive espiritual, irremediablemente llegará a perder la especial gracia de Dios. Bien pudo en su tiempo haber tomado la decisión de vivir con espíritu de entrega y abnegación personal. Sin embargo, con el transcurrir de los años se dejó llevar por los deseos terrenales del viejo hombre y, arrastrado por el pecado, se fue apagando espiritualmente. Ello generó, como resultado, un lamentable retroceso en su vida cristiana; no hizo caso de la recomendación bíblica: **«Para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios» (1 P. 4:2).**

El modelo de la iglesia en Laodicea, en El Apocalipsis, es vivo ejemplo... para en ningún modo copiarlo. Esta iglesia de finales del primer siglo vivía bajo la buena y agradable voluntad de Dios, hasta que la «tibieza» se instaló en el corazón de sus miembros, dando paso a un proceso de lamentable decadencia espiritual. Con el tiempo se descubrió en la iglesia un grado mínimo de relación con Cristo y su Palabra, llegando a tal punto que finalmente el mismo Señor se encuentra llamando a la puerta de sus corazones. Habían dejado al Salvador fuera de la vida cristiana: un «cristianismo sin Cristo». ¿Cómo es posible tal descarrío...? El estado de comodidad y relajación espiritual había llegado a su límite. Y el Señor, por medio del apóstol Juan, les tuvo que amonestar duramente. Desde

luego que no dejaron de realizar, en sus fuerzas, actividades eclesiales; pero según el pasaje bíblico prescindían de la gracia divina por creerse autosuficientes, y por lo tanto su relación con Dios era prácticamente nula. Se había convertido en una iglesia eclesio-céntrica: el *yo, me, mi*, presidía la dinámica religiosa de esta particular congregación.

A veces ocurre que el cristiano permanece estancado por un largo tiempo, en altura mínima de compromiso con Dios; hasta que llega un momento en que el Señor, harto de paciencia, realiza una llamada de atención (lo hizo en la iglesia de Laodicea). La advertencia de Cristo es para ayer, y también para hoy. Así cita el texto bíblico: **«¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (He. 2:3).**

No pensemos que Dios rechaza a sus verdaderos hijos; por el contrario, su amor incondicional permanece inalterable. En esa relación paterno-filial, el Padre siempre mantiene una atención misericordiosa con su pueblo: **«No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados» (Sal. 103:10).** Nuestro Pastor es perdonador, paciente y bueno, y como cita Isaías 46:4, **«nos soporta hasta las canas».** Él es infinitamente misericordioso, pero también es infinitamente justo, así que no puede mirar de reojo cuando el cristiano peca, y por ello ha establecido promesas condicionales, con las bendiciones consecuentes al cumplimiento de éstas. Es decir, al obrar del cristiano le sigue la consecuencia propia. Es la ley natural de la siembra y la siega. Dios no se aleja del hombre, el hombre se aleja de Dios.

No estamos enseñando aquí que todo llamado creyente, que vive en la carne, sea un cristiano nacido de nuevo. Sin ánimo de juzgar, pero aquel que vive apartado de Dios de forma permanente, habiendo apostatado de la doctrina fundamental, sin discernir sus propios errores, o carente del amor divino, es muy probable que nunca haya conocido a Dios, es decir, que no sea realmente cristiano. **«El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor» (1 Jn. 4:8).** En cualquier caso, hacemos bien en no juzgar de antemano; dejemos crecer la cizaña juntamente con el trigo, aconsejó nuestro Señor, Mateo 13:30.

Resumiendo lo dicho, todo creyente a la final dará cuenta de lo bueno que haya hecho en esta vida (viviendo conforme al Espíritu), o bien de lo malo que haya hecho (viviendo conforme a la carne): **«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Co. 5:10).**

Consecuencias de transgredir la voluntad general de Dios

En esta vida presente

Una vez inmerso en el proceso de frialdad espiritual mencionado, con el tiempo el creyente puede llegar al extremo de encontrarse fuera de la voluntad divina, en el sentido general, no en el sentido permisivo, ya previsto por Dios. Fue el mismo apóstol Pablo el que, con temor y temblor, se puso como ejemplo de debilidad: **«No sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1 Co. 9:27).**

La lección se brinda sola. O seguimos confiando en Dios y creciendo en grado de comunión con Él, o aun habiendo comenzado el camino, bien podemos retroceder. **«Mas el justo vivirá por fe. Y si retrocediere, no agradará a mi alma» (He. 10:38).** Las consecuencias de vivir bajo el desagrado de Dios, se revelan negativamente. Una de ellas es que la «gracia especial» deja de amparar al creyente, en su forma condicional, y en buena medida ya no es receptor de sus bendiciones celestiales, en el sentido mencionado. En esto, la Escritura no advierte en vano: **«Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios» (He. 12:15).** Éste es motivo por el cual toda rutina se apropia del creyente apartado de Dios, y las cosas del Señor le son una verdadera carga. El Espíritu Santo se entristece, y por ello no da señales evidentes de fruto espiritual: **«No contristéis al Espíritu Santo de Dios» (Ef. 4.30).** Así es como el gozo se apaga, y llega a convertirse en permanente descontento, o lo que es peor, en raíz de amargura. A la vez, en este proceso de alejamiento, el Señor priva de luz espiritual a aquel que rechaza su

oferta de gracia: **«Vendré a ti, y quitaré tu candelero» (Ap. 2:5)**. Dios es luz, y el cristiano que no mantiene comunión con Él, por ende no recibe su luz, ni para entender la Palabra, ni para iluminar a los demás; no resulta sorprendente que pierda toda visión espiritual, al igual que una vela cuya llama se desvanece. De esta forma también su ministerio resultará del todo ineficaz: **«Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él» (1 Co. 3:17)**. Tal cristiano ha roto la comunión con su Salvador, y por consiguiente se hace inútil para la obra; por ello no logra disfrutar de la vida espiritual con genuina satisfacción. Y, sin apenas distinguir, el poder de Dios se retira del escenario ministerial, porque **«si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da» (1 P. 4:11)**.

Las secuelas de encontrarse fuera de los propósitos divinos son verdaderamente tristes. Es verdad que tales cristianos pueden seguir leyendo la Biblia, orando, cantando *iSeñor te amo!*, procurando sus ofrendas... Pero, la realidad intencional de su corazón es otra distinta. Es la llamada *paradoja farisaica* con la que Jesús tuvo que enfrentarse: **«Porque vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad» (Lc. 11:39)**.

Por otro lado, el hijo, aun desobediente, sigue siendo hijo: ayer, hoy y mañana, por lo que no pierde su condición de hijo adoptado establecida por el Padre. Aunque, según los datos bíblicos, de seguir en rebeldía podría perder algo muy preciado: la comunión con Dios; además de los efectos benéficos derivados de esa comunión espiritual. De la siguiente forma el Señor lo expresó a su iglesia: **«Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Ap. 3:16)**. Tal y como ocurrió en aquel tiempo, parece probable que también hoy algunos creyentes sean vomitados de la boca de Jesús. Pensemos en ello, pues no son tiempos mejores los presentes, los cuales caminan sin retorno hacia la Apostasía. **«Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos» (He. 2:1)**.

Es cierto que todos caemos y fallamos muchas veces, según 1 Juan 1:8. Sin embargo, una cosa es caer y arrepentirse (a renglón seguido Dios nos levanta), y otra distinta es permanecer caído por largo tiempo. En este último sentido, la historia nos muestra la trayectoria de creyentes que han mostrado un claro «antes» y un «después» en su vida personal. No son pocos los que llevan años apartados de la vida espiritual. Otros, pese a seguir en el sistema eclesial, mantienen una actitud de terquedad, con el consiguiente estado de insatisfacción: no aprenden. En otros no se logra distinguir la acción del Espíritu Santo; transcurren absorbidos por los entretenimientos de este mundo pasajero. Algunos recibieron una prueba decisiva de parte de Dios, y no estuvieron dispuestos a aceptarla: se dejaron llevar por la necesidad personal (no entregaron a su hijo Isaac). Igualmente, con el descarrío de ciertos creyentes, el semblante ya no es el mismo, el gozo desaparece de un día para otro, la frescura del Espíritu se marchita por el fuerte sol de la prueba... Además, a ciertos líderes se les sube tanto el cargo eclesial a la cabeza, que con el tiempo se vuelven casi irreconocibles; una especie de enajenación mental se apodera de sus mentes. Ya lo advirtió en Señor a su pueblo: **«Para que no se vuelvan a la locura» (Sal. 85:8)**.

Ante lo mencionado, huelga decir que ningún cristiano es mejor que otro. Pues aun siendo realistas, y permaneciendo en la voluntad de Dios, no hacemos bien en descalificar ni menospreciar a ningún hermano en particular. ¡Nadie está libre de pecado...!! cita Juan 8:7. Y, como siempre hay lugar para el arrepentimiento y la restauración espiritual, nuestro buen Dios espera, cual padre paciente, al regreso del hijo pródigo.

En la eternidad

«Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes» (Lc. 12:47). Que nadie se inquiete por el texto, porque en la morada de Dios nadie va a recibir azotes (en el sentido literal). Ahora bien, cabe entresacar la enseñanza del presente versículo, porque si no aplicamos compromiso en nuestra vida cristiana, las bendiciones que perderemos serán de

carácter perdurable. Por eso hemos de preguntarnos, dónde estamos edificando: sobre madera, heno, hojarasca (cosas que el fuego no resistirá), o bien edificamos sobre oro, plata, y piedras preciosas, según consta en 1 Corintios 3:11-15.

Aunque no en el mismo sentido que el incrédulo, el cristiano pasará por el juicio de Dios (Tribunal de Cristo), para como creyente dar cuenta de todas sus obras. A este respecto el profesor L. Berkhof expone: «*Los hombres serán juzgados por "toda palabra ociosa" Mt. 12:36, y por "toda cosa secreta", Ro. 2:16; I Co. 4:5, y no hay indicación alguna de que esto se limite a los impíos*». Parece justo que Dios pida cuentas a todos, incluido a los cristianos. Ya lo avisaba el escritor del antiguo libro de Eclesiastés. «**Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala» (Ec. 12:14).**

Asimismo, todo el fruto de nuestro trabajo, hecho fuera de la voluntad de Dios, no será productivo en la eternidad: «**Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo» (2 Jn. 2:8).** Galardón completo o galardón incompleto. ¿De qué depende? Claro está, de nuestro margen de obediencia a la voluntad divina. A servicio pobre, recompensa pobre. La obediencia a Dios con medida pequeña, equivale en la eternidad a galardones también otorgados con medida pequeña.

Examinado en el sentido material, nos preguntamos si sirve de algo atesorar para este mundo, si en la eternidad no vamos a poder disfrutar de los bienes terrenales acumulados. Todo se va a quedar aquí. Bien sabemos los cristianos que la salvación está garantizada por gracia. Sin embargo, el creyente que no ha sido fiel (valga la expresión) nada de valor podrá llevarse de este mundo que tenga utilidad para la eternidad. «**Será salvo como por fuego» (1 Co. 3:15).** Será salvo, pero como si un fuego le obligara a dejar su hogar de forma repentina, y como resultado se salva él mismo, pero no le acompañará recompensa en el día final: «**La obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará» (1 Co. 3:13).**

El profeta Juan, gran visionario del futuro, advierte a los creyentes de la época: «**Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados» (1 Jn. 2:28).** Podemos predecir, según el texto leído, que el cristiano que no sirvió fielmente en este mundo, en el futuro encuentro con Cristo experimentará de alguna manera cierto rubor en el rostro, por haber descuidado la voluntad de su Señor.

Consecuencias de practicar la voluntad de Dios

En esta vida presente

Una vez examinadas las consecuencias negativas de no someterse a la voluntad de Dios, en el sentido opuesto también se descubren consecuencias favorables. Los efectos positivos de andar según los proyectos celestiales son varios, y si bien pueden ser de carácter material, principalmente éstos se revelan en el orden espiritual, puesto que nuestra vida aquí constituye en todo una inversión para la eternidad.

Más allá de las bendiciones materiales, que podamos o no recibir en este tiempo, los resultados se experimentan en el alma, y sus maravillosos efectos se descubren de muy diversas formas en el ámbito espiritual. Citamos algunos, como por ejemplo: crecimiento espiritual, transformación de carácter, serenidad interior, tranquilidad de conciencia, estabilidad emocional, efectividad ministerial, entre otros muchos... A todo ello se añade el fruto del Espíritu, que es generado en el alma del creyente fiel: amor, gozo, paz... Por tal razón se afirma que el cristiano irá «**de poder en poder» (Sal. 84:7).** Así, con todo el bienestar recibido, no parece extraño que se cumpla el texto bíblico: «**Se alegrará el justo en Jehová, y confiará en él» (Sal. 64:10).**

Con tan magnífica condición habita todo siervo de Dios, yendo con paso firme y seguro hacia la eternidad: «**Mas el justo en su muerte tiene esperanza» (Pr. 14:32).** Y en tanto camina por este complicado e imprevisible mundo, al tiempo le acompaña una grata sensación interior de que «todas las cosas le ayudan a bien», Romanos 8:28, y por lo tanto

su perspectiva futura permanece en todo momento positiva. Podríamos mencionar aquí muchos otros aspectos de carácter provechoso para el cristiano comprometido con su Señor. El gran predicador británico George Whitefield, también recomendó la fórmula cristiana, diciendo: *«Pelea la buena batalla de la fe, y Dios te dará bendiciones espirituales»*. Así es, *«hay bendiciones sobre la cabeza del justo»* (Pr. 10:6), atestigua la Escritura.

Ahora bien, hechas estas precisiones, cabe señalar que toda retribución divina, sea en este mundo como en el venidero, es resultado de la abundante gracia de Dios, y en ningún caso constituye la recompensa a nuestros méritos propios. Nada merecemos, como venimos insistiendo. Nuestros esfuerzos personales son aceptables solamente en los esfuerzos de Cristo, en su obra expiatoria... No es por otra causa, sino sólo por gentileza divina, que nuestro Padre se dispone a retribuir según el cristiano sembrare. Y esto es favor celestial, oportunidad concedida por Dios mismo; además de que todos nuestros logros son hechos con la ayuda y el poder de lo Alto, y no cabe atisbo de gloria alguna para el hombre. Hoy, como ayer, la oferta divina sigue mostrándose por pura gracia, y como es de esperar toda la gloria es y será para Dios.

Sentimiento de ineptitud, o insuficiencia personal, son los que deben prevalecer en nuestras conciencias. Por ello, una vez terminada la labor, nuestro Señor nos indica el título honorífico que hemos de atribuirnos: *«Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos»* (Lc. 17:10).

En la eternidad

¿Podemos imaginar el acontecer diario sin esperanza de futuro? La verdad, el transitar por esta vida sin esperanza, no tiene ningún sentido. En esto, nuestra absoluta confianza en Dios y esperanza de eternidad con Cristo, es lo que provee de fortaleza a todo creyente fiel.

«Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... porque sus obras con ellos siguen» (Ap. 14:8). Una vez traspasado el umbral de la muerte, el hijo de Dios es acompañado a la eternidad con todo el equipaje de su labor realizada en este mundo, para ser retribuido en el Cielo. *«Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección... Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»* (2 P. 2:10,11). Las puertas del Reino celestial se abrirán de par en par, con toda holgura para el creyente fiel, siendo recibido por el mismo Rey de reyes y Señor de señores. Así es como lo predijo el Gran Maestro a sus discípulos: *«Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor»* (Mt. 25:21). L. Berkhof, hace la siguiente observación: *«También es evidente según la Escritura, que habrá grados de bendición en el cielo, Dn. 12:3, II Co. 9:6 Nuestras buenas obras serán la medida de nuestra recompensa de gracia, aunque no la merezcan. Sin embargo, y a pesar de todo esto, el gozo de cada individuo será perfecto y pleno»*.

Además de ello, extraordinarias moradas celestiales esperan ser habitadas por los hijos de Dios. Jesucristo fue a prepararlas: *«Voy, pues, a preparar lugar para vosotros»* (Jn. 14:2). ¿Serán todas las moradas iguales? O, dependiendo de la fidelidad de cada creyente, así será la grandeza de la residencia en el Cielo... De lo que no hay duda, es que junto con las moradas celestiales, los tesoros concebidos en la Tierra e invertidos en el Cielo, serán guardados para aquel día glorioso: *«Haceos tesoros en el cielo»* (Mt. 6:20). Esos mismos tesoros que logramos invertir en el banco celestial, serán entonces devueltos con mayor rentabilidad y esplendor, para que el cristiano fiel los disfrute en forma eterna. Todo servicio a Dios, hecho con nuestros bienes, aun con carencias temporales en el presente, resultará en gloriosas acumulaciones celestiales.

Sea mucha o poca la labor del siervo fiel, no será olvidada por su Señor. **«He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Ap. 22.12)**. Nótese además en el texto que el galardón no es mérito nuestro, pues Jesús lo ganó en la Cruz por derecho propio: *«mi galardón»*. Como venimos indicando, en ningún caso el cristiano será merecedor del bien, por muy fiel que se comporte. Pese a ello, la extraordinaria gracia divina se muestra ofreciendo recompensas por la obra que cada uno en particular haya realizado. **«Entonces pagaré a cada uno conforme a sus obras» (Mt. 16:26)**. También esto, aparte de gracia, es voluntad de Dios.

Muchos bienes recibirán los felices habitantes del futuro Reino de los cielos. La medida de bendición será justa: a mayor grado de esfuerzo y disposición, mayor bien recibiremos. Gran galardón para aquellos que también grande ha sido el compromiso con su Señor. Es lo prometido para los fieles hijos de Dios: **«Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mt. 5:12)**. Pensemos con inteligencia, porque las aflicciones de este mundo pronto pasan, pero las bendiciones espirituales no tienen fin. Convencido estaba el mártir de la fe, Dietrich Bonhoeffer: *«El tiempo es breve. La eternidad larga. Es un periodo de decisión. El que se mantenga firme en la palabra y la confesión de su fe, verá que Jesús le defiende en la hora del juicio»*.

Cumplir la voluntad del Señor requiere un cierto grado de sufrimiento, en mayor o menor medida. Sin embargo, toda aflicción anclada en la fe de Cristo Jesús, se encuentra revestida de gloria eterna: **«Si sufrimos con él también reinaremos con él» (2 Ti. 2:12)**. En fin, la Eternidad más cerca de Cristo, y con mayor participación de su gloria, será la recompensa de aquellos que han pagado el precio de la vida cristiana, para el servicio de Dios y de su Iglesia: **«Manifestados con él en gloria» (Col. 3:49)**.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí la presente reflexión sobre la voluntad de Dios. En nuestra mano está el creerla, conocerla, amarla, vivirla y proclamarla. Si verdaderamente somos hijos de Dios, habremos de concluir, cada uno personalmente, con la siguiente pregunta: ¿Andamos según los designios de nuestro buen Padre celestial? o estamos descuidando labor tan importante... Reiteramos la enseñanza, porque en la medida que nos dispongamos a cumplir con la voluntad general de Dios, Él aplicará su especial voluntad en nuestra vida. Por ello, no cabe preocuparse excesivamente por el futuro en esta tierra, descuidando el presente de los planes divinos, pues en los propósitos del Todopoderoso está el añadir todo aquello que necesitamos.

Recordemos que para alcanzar las bendiciones celestiales, hemos de entregarnos a Dios en forma sincera y mantener así buena relación con Él, a través de la Palabra y la oración, principalmente. Tal entrega nos llevará a evaluar adecuadamente nuestra relación con el entorno (familia, trabajo, iglesia, economía, circunstancias personales), y con nosotros mismos (nuestro mundo interior), considerando los elementos en conjunto para así poder confirmar el cumplimiento de la voluntad de Dios, tanto general como especial.

La prueba, incluida las aflicciones, vendrán. Pero, con todo y ello, no desistamos en la permanente búsqueda del Reino de Dios y su justicia. Es menester seguir luchando, ya que el creyente fiel posee las extraordinarias fuerzas nacientes del Espíritu, para poder desempeñar aquellas labores determinadas por el Creador desde antes de la fundación del mundo.

A pesar de las previsiones futuras que pudieran contener diversas pruebas, habremos de aceptar lo previamente establecido por el sabio Dios para nuestra vida particular, porque en último término su voluntad resulta agradable y perfecta: **«Para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Ro. 12:2)**. Es agradable y perfecta porque forma de un todo con los propósitos eternos del Cielo, que son planificados en perfección; toda vez que son para nuestro beneficio personal.

Las bendiciones de vivir según los planes establecidos por el Señor son incalculables; y no pensemos que sólo serán descubiertas con esplendor en la eternidad, sino que además todo creyente las puede recibir y experimentar ya en esta vida temporal. Y tales bendiciones, más allá de los bienes materiales que podamos o no recibir, se obtienen de la poderosa intervención del Espíritu Santo en el corazón del cristiano fiel. Éste es llenado de gozo y paz, de plenitud espiritual, de completo significado y propósito eterno. Entonces, resulta provechoso para nuestra alma, el apreciar las ricas *bendiciones que se derivan de andar en los caminos del Señor*; bendiciones en este mundo, y también en el venidero.

Fijemos nuestra mirada en Cristo, en su ejemplo, y prosigamos la carrera, que con guía firme y segura llegaremos a la meta, a nuestra morada celestial, la cual está preparando nuestro Salvador, hasta que regrese con poder y gloria; que por cierto, no tardará mucho.

Examinemos con solicitud cuál sea nuestra relación con Dios, con el entorno que nos rodea, y también con nosotros mismos; y comprobemos en qué grado estamos cumpliendo con los designios celestiales... Si descubrimos, pues, que nos hallamos en grado mínimo, entonces hay tiempo para acudir al Buen Pastor con espíritu arrepentido. En esto, puede ocurrir que alguien revise su vida y piense que es demasiado tarde, que no es digno del amor divino, o que tal vez se encuentre fuera de la voluntad general de Dios... Bien, el hecho sólo de plantearlo ya es un gran paso, porque todavía hay esperanza. Así pues, si algún hermano reconoce que está descuidando su vida espiritual, y siente pesar en el corazón, es el momento preciso para acudir al Señor. Sus brazos llenos de amor siguen abiertos para perdonar y restaurar a todo aquel que con sinceridad de corazón desee recibir el oportuno socorro. Sirva esta oración como ejemplo: *¡Padre celestial, perdóname por no apreciar mi relación contigo; por descuidar tu Palabra; por no tener presente la importancia de la oración. Perdóname por desatender a mis hermanos en la fe como en verdad debería hacerlo; por no desarrollar mi vida espiritual, ni disponer mis dones para el servicio de tu pueblo. Perdóname por no apreciar la evangelización según el mandato de Cristo; por descuidar tus enseñanzas; por no creer que hayas preparado un propósito especial para mi vida; por haber perdido muchas bendiciones... A partir de ahora te entrego mi corazón, mi vida y circunstancias, para que todo lo uses conforme a tu buena voluntad. Dame fuerzas para poder cumplir con tus planes en mi vida diaria. ¡En el nombre del Señor Jesús!*

La realidad es que el final de los tiempos se halla a las puertas, y los acontecimientos actuales apuntan a una inminente venida de nuestro Señor Jesucristo para buscar a su querida Iglesia. Son pocos los años que nos restan (podría ser hoy mismo). Luego, ¿qué excusas pondremos en el momento de nuestro encuentro con Cristo? ¿Cuál habrá sido nuestro grado de entrega y servicio? ¿Cuál nuestra medida de amor al Salvador?

La declaración bíblica que resume la conversión del apóstol Pablo, es modelo suficiente para sin más demora tomar hoy la decisión que de seguro cambiará el resto de nuestras vidas: **«Señor, qué quieres que yo haga» (Hch. 9:6).**